

LIBRO DÉCIMOQUINTO

Continuación de la historia de la geografia.—Decadencia de la ciencia en Europa.—Viajes, descubrimientos y obras geográficas de los árabes (año 700 1400).

HEMOS trazado rápidamente las alteraciones geográficas debidas á la grande emigración de los pueblos; mas ¿cómo enumerar los detalles en una época en que la ciencia geográfica había casi desaparecido envuelta en las ruinas del mundo? Las últimas obras donde brillan todavía las luces de la sabia antigüedad son: la *Geografía* de Ptolomeo y el *Viaje á Grecia* por *Pausanias*, que florecía en tiempo de los Antoninos. Los *Itinerarios*, de que ya hemos hablado; la *Tabla Peutingeriana*, que igualmente hemos dado á conocer; el dibujo geográfico del mundo entero, que aun en el siglo IV decoraba las paredes de la escuela de Autun, y algunos otros monumentos de esta naturaleza, demuestran indudablemente el ce-

lo con que se había cultivado la geografía, y cuán necesaria se reconocía; mas todas estas obras y otras de la misma época arguyen, por desgracia, muy poco saber. Verdad es que hubo abreviadores, como *Agatemeres* y *Marciano de Heraclea*, dignos de nuestro reconocimiento, supuesto que nos han conservado algunos fragmentos de varias obras perdidas de los siglos primero y segundo. *Festo Avieno*, frío imitador de los hermosos versos de Dionisio el Periegetes, ha prestado sin advertirlo un servicio eminente á la historia crítica de la geografía conservando en su *Ora marítima*, bien que de una manera sumamente confusa, las tradiciones de los cartagineses relativas á los viajes emprendidos por un navegante á lo largo de las costas de España,

de las Galias y de Albión. También nos ofrecen conocimientos útiles la geografía de Etico, conservada por *Orosio*, las diversas *Noticias de las provincias* y otras obras de nomenclatura, no obstante su sequedad y la ignorancia asaz general de sus autores. Los diccionarios geográficos de *Vibio Sequester* para el mundo romano, y de *Eusebio* en orden á la sagrada Escritura, se parecen á nuestros diccionarios modernos, puesto que no son exactos ni completos: el de *Esteban de Bizancio* es mucho mejor, aunque sólo se ha conservado de él un extracto. Pero si toda nuestra civilización se derrumbaba por una nueva irrupción de bárbaros, es evidente que aun el mismo Vosgio, salvado del naufragio de nuestras bibliotecas, interesaría á la última posteridad.

Cosmas, monje egipcio, que recibió el sobrenombre de *Indicopleustes*, por razón de sus viajes á Etiopía, llamada comunmente India, nos ha dejado la única obra original de toda aquella época. Su *Topografía del mundo cristiano* contiene muchos pormenores que los naturalistas han procurado explicar, y de los que presentaremos algunos ejemplares en el discurso de esta obra. Ya hemos citado sus noticias sobre el *Tzinistán*, y la famosa inscripción que había copiado en Adulis en Etiopía. El sistema cosmográfico de este autor del siglo VI, que acaso es tan digno de atención como el de Ptolomeo, considera la Tierra como una dilatada superficie plana, rodeada de una muralla; el firmamento como una bóveda que descansa en esta muralla, y la sucesión de los días y de las noches como el efecto de una gran montaña situada en el norte de la Tierra, y en la que se oculta el Sol cada tarde. *Cosmas* demuestra cumplidamente que estas eran las opiniones de los más antiguos filósofos griegos, y su sistema no difiere del de Homero sino en la figura de la

Tierra, que supone cuadrada; así esta cosmografía, prolijada por muchos escritores cristianos, es un monumento del grandísimo influjo que ejerció la geografía poética de Homero en las ideas de las más remotas generaciones.

Al lado de la moribunda geografía antigua, vemos nacer la geografía de la edad media en las obras de los escritores salidos del seno de las naciones bárbaras. En el siglo quinto el armenio *Moisés de Corena* compuso una obra geográfica que contiene muchas noticias curiosas sobre las partes orientales del Asia. Un escritor del siglo VI, *Jornandes*, llamado *Jordanis* por muchos críticos, nos ha trasmitido, aunque en un estilo harto bárbaro, alguna que otra reseña preciosa sobre las emigraciones de los godos y de los hunos, así como sobre la geografía que se conocía en aquella época, del norte y del este de Europa. Lo cierto es, que sin él estaríamos en tinieblas; pero las noticias que nos suministra pueden alucinar á los que sin conocer las lenguas góticas quisieran leer un autor de nacimiento godo. Por este mismo tiempo, poco más ó menos, vivía *Pablo Warnefrido* ó *Paulo Diácono*, autor de una historia de los lombardos no muy útil al geógrafo. Cierta godo, cuyo nombre no se ha sabido nunca, pero que es llamado generalmente *el geógrafo de Rávena*, nos ha dejado una descripción general del mundo conocido en el siglo VIII, la que hemos citado ya muchas veces; pero lo que no puede menos de sorprendernos es el gran número de geografías que se han perdido, cuyo testimonio invoca el anónimo de Rávena, tales son: *Castorio* y *Lotiano*, romanos; *Hilas* y *Sardonio*, griegos; *Afrodisión* y *Arsasio*, persas, que habían escrito en griego un cuadro del universo; *Ciacori* y *Blantasi*, egipcios, que habían hecho viajes al mediodía de su patria; *Probo* y *Melisiano*,

africanos; *Aitanarido*, *Marcomiro* y *El-delvaldo*, godos. Un sabio distinguido ha visto en estos autores otros tantos seres imaginarios; pero se equivoca, porque los pormenores del geógrafo de Rávena arguyen su veracidad, aunque su texto, que en verdad está muy corrompido, necesita ser revisado. Además sólo poseemos de él un extracto, hecho con muy poco esmero por un italiano del siglo catorce, llamado *Galateo*, que probablemente ha tomado de la obra grande del anónimo una parte de la descripción que ha publicado de Calabria.

Las peregrinaciones de los cristianos, verificadas en el siglo VII, comenzaron á resucitar el espíritu de observación.

Adamán, abad de Jona, compuso una descripción de Jerusalén y de los santos lugares, con arreglo á lo que de ellos le refirió san Arculfo. Villibaldo, primer obispo de Aichstedt, ha dejado una relación circunstanciada de su peregrinación á la Tierra Santa, á donde fué en 730, pasando por Italia y por la isla de Chipre. También existe otra relación de un monje francés llamado Bernardo, aunque por otra parte desconocido, compuesta en 870, y la de un viaje de Basilea á Constantinopla por Haitón. Citanse asimismo algunos mapas geográficos de aquellos siglos de barbarie: san Galo, fundador de la célebre abadía que lleva su nombre, y que vivía en el siglo VII poseía uno de dichos mapas, llamado por un historiador de aquella abadía *mappam subtili opere*, «mapa de delicado trabajo.» Conocidas son las tres mesas de plata de Carlomagno, que representan la Tierra entera, y las ciudades de Roma y de Constantinopla; mas en la guerra que tuvo de sostener su nieto Lotario contra sus hermanos, en 842, hizo pedazos la primera de aquellas mesas, que era la más grande, y los distribuyó entre sus soldados.

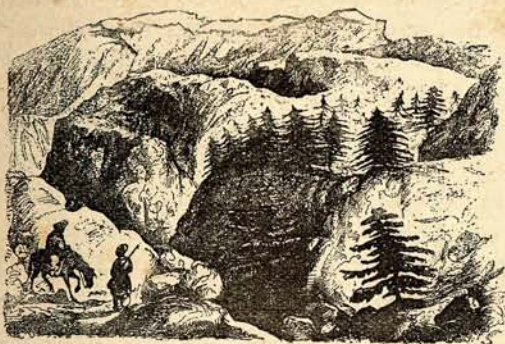
En un comentario manuscrito del Apocalipsis, compuesto en 787 y existente en la biblioteca de Turín, se encuentra un mapa muy curioso que puede contribuir á la explicación del geógrafo de Rávena. Representa la Tierra como un planisferio circular, compuesto de tres partes desiguales: al mediodía el África está separada por el Oceano de una tierra denominada la cuarta parte del mundo, donde viven los antipodas, y que nunca había sido visitada por causa del excesivo ca-



SINAI

lor. Cada uno de los lados de la Tierra va acompañado de la figura de un viento montado en un fuelle, de donde hace salir el aire, lo mismo que de una concha que tiene en la boca. Por la parte superior, ó al oriente, hay Adán y Eva, con el árbol del fruto prohibido y la serpiente. A su derecha está el Asia con dos montañas muy encumbradas, y estas palabras *Mons Caucasus*, *Armenia*. De estas montañas sale el río *Eusis*; el mar en donde desagua forma un brazo del Oceano que circunda la Tierra, y este brazo se une al Mediterráneo, y separa del Asia la Europa. Tal vez el autor ha querido significar con esto la supuesta comunicación del mar Caspio con el Oceano septentrional y el Mediterráneo. Entre las montañas está Capadocia, y más aba-

jo el Asia menor, Calcedonia, *Frigia*, y Panfilia; á mayor distancia un desierto de arena situado al norte de aquellos países, de los cuales está separado por el río Eusis. En el centro del mapa, con corta diferencia, se ve el monte Carmelo, el monte Sinaí, *Ibrim*, que tal vez es Hebrón; *Ascalonas*, Judea y Babilonia. A la izquierda de Eva se hallan Sidón y el monte Líbano, rodeados por el Jordán; luego Mesopotamia y Antioquía entre



LÍBANO

las montañas, con esta inscripción: *Mons Arabiae*; al lado hay un río, que acaso es el Eufrates, y en seguida las palabras *Abicusia*, *Timisci*; *fixi campi de Sera*. Esta comarca debió de estar habitada por las amazonas. En las Indias se observa la isla de *Criza* y la de *Algura*, que son la *Criza* y la *Argira* de los antiguos. A continuación hay un río y una montaña sin nombre: más lejos, y más abajo del mar Rojo, el Nilo con una inscripción que significa lo siguiente: «*Cuentan otros autores que viene de unas montañas muy distantes; que siempre corre por arenas de oro, y que en seguida desagua en un lago muy extenso por medio de una desembocadura estrecha.*» La Etiopía es representada arenosa y desierta; y en el resto de África se observan pocos

ríos y montañas, con estas palabras: «*Garamantas, Baggi, Getuli lacus, montes Altanni, duo Alpes contra Aresibi, Tingi, Abecania, Gens*» (acaso la ciudad de Gent, situada cerca de Tingi por el geógrafo de Rávena). En el mar Atlántico, cerca de África, se ven dos islas desconocidas. Europa contiene las ciudades y países siguientes: «*Tasciá (Tuscia), Roma, Salerno, Benebenti, Epirum, Aquileja, Fluvius Eusis* (que sale de una montaña), *Constantinópolis, Thessalónica, Macedonia, Germania, Ren, Fl. Danubii, Stolie, Sarmati.*» Y siguen estas palabras: «*Hic Caput Europæ, Rettacum canoricum.*» A la otra parte dice así: *Dardania, Epirum, Apollin, Spoleti, Nivarraria.*» Un poco más abajo hay los siguientes nombres: «*Suebi, Francia, Gallia, Belgia, Gallia Lugdunensis; Montes Galliarum, Litanía Tolosa, Gallicia sancti Jacobi Apóstoli, Bética, Fluvius Taurus, Asturia, Caesar Augusta, Narbona.*» Al norte de aquella costa hay: «*Tile insula, Tancuces insula* (que acaso es Dinamarca), *Britania insula, Scotia insula.*» En el mar de Europa hay siete islas desconocidas, y además: *Coos insula, Samos insula, Sicin insula, Tascis, Corsico insula.* A la otra parte del África, del lado del mediodía, se leen estas palabras: «Además de las tres partes del mundo, y allende el Oceano, hay una cuarta parte que no nos es dado conocer por causa de los abrasadores rayos del Sol, en cuyos términos habitan los antípodas fabulosos.»

Abandonemos por algunos instantes la Europa, trocada en asiento de la ignorancia. Otros son los pueblos que han heredado el fuego sacro de la ciencia: otras son las partes del mundo que ofrecen un nuevo teatro al genio de los descubrimientos. Los árabes honran y cultivan con buen éxito la geografía, que parecía dispuesta á extinguirse en Euro-

pa. Aquel pueblo, cuyo ingenio despertara Mahoma, ensanchó los límites del mundo conocido, especialmente en Asia y en Africa, y ya desde el principio de sus conquistas los califas ordenaron á sus generales que mandaran hacer descripciones geográficas de los países sometidos. En 833 el califa Mamún hizo medir por los tres hermanos Ben Schaker un grado de latitud en el desierto de Sangiar, entre Racca y Palmira; y esta medida, que se reprodujo cerca de la ciudad de Kufa, sirvió para determinar el tamaño de la Tierra. Mucho tiempo antes de Cristóbal Colón, unos aventureros árabes, llamados *almagrurins*, se hicieron á la vela desde Lisboa en dirección á las tierras occidentales situadas á la otra parte del mar tenebroso ó Atlántico. Más adelante examinaremos este viaje. Algo más positivos fueron los descubrimientos que hizo la nación árabe en el mar de las Indias y de China. Desde 851 hasta 877 dos celosos observadores, llamados *Wahad* y *Abuzeid*, recorrieron y descubrieron las más apartadas tierras del Asia, que se habían sustraído al conocimiento de los antiguos; y, aunque por largo tiempo se ha puesto en duda la autenticidad de sus relaciones, finalmente de Guignes la ha demostrado palpablemente. Por esta misma época *Sallam*, llamado por sobrenombre *el intérprete*, exploraba las cercanías del mar Caspio por orden de Vatek, califa de Bagdad, internándose mucho hacia el norte. Posteriormente, esto es, en 921, otro califa de Bagdad enviaba un embajador llamado *Ibn-Fozlán* al rey de los búlgaros, á fin de instruir al Príncipe y á sus vasallos en los dogmas de la religión musulmana. Aquellos pueblos ocupaban á la sazón las orillas del Volga, é *Ibn-Fozlán* da, con este motivo, pormenores muy interesantes sobre los primeros tiempos históricos de la nación rusa.

Desgraciadamente el trascurso del tiempo, la ignorancia del idioma y otras mil circunstancias, nos han hecho perder la mayor parte de los monumentos geográficos de los árabes. En esta parte sólo conocemos á muchos de sus autores de la misma manera que á Piteas y á Eratósthenes, es decir, por las citas de otros escritores que se han aprovechado de sus obras, ó bien por algunos catálogos de manuscritos no impresos, ó tal vez por medio de los extractos que de ellos han sacado á luz muchos sabios, y entre los cuales se distinguen los que los orientalistas franceses sacan de los manuscritos de la Biblioteca Nacional de París. Por este motivo sería de desear que algún escritor hiciera imprimir al menos la noticia general de los geógrafos orientales; mas, entretanto que esto se verifica, las geografías árabes impresas hasta el día dan una idea transitoria de los vastos conocimientos que aquel pueblo había adquirido; aunque, como lo que de ellos poseemos fué compuesto durante un período de unos seiscientos años, y la manera de escribir de los árabes y de la mayor parte de los orientales es contraria á la exactitud de los métodos cronológicos, es imposible trazar el cuadro de sus conocimientos geográficos con la precisión con que hemos procurado trazar el de la geografía griega y romana. Comencemos por indicar los principales autores árabes y persas cuyas obras se han impreso en extracto, ó completas y traducidas.

Massoudi, llamado por sobrenombre *Cothbeddín*, escribía en 947, y murió en el Cairo en 957. De él existe, con el título de *Praderas de oro y minas de piedras preciosas*, una historia general de los reinos más conocidos de las tres partes del mundo, que contiene muchos pormenores geográficos, especialmente de Africa, de la India y del centro del Asia. Él es quien

nos ha conservado las relaciones de las Indias y de la China ya citadas, y publicadas en francés por el abate Renaudot.

En el siglo x floreció *Ibn-Haukal*, autor de una geografía titulada *Kitab al-mes-salek*, que no debe confundirse, como al principio se hizo, con un breve tratado persa traducido en inglés y plagado de gravísimos errores. Viajero no menos infatigable que escritor elegante, *Ibn-Haukal* ha trazado algunos cuadros tan instructivos como interesantes de todo los países sometidos al Islam ó la religión mahometana; pero las restantes están descritas con mucha superficialidad, y la razón que para ello alega el autor no es muy lisonjera, que digamos, para los europeos de su tiempo: «Por lo que hace á los países de los nazarenos (ó cristianos) y de los etíopes, — dice, — sólo haré de ellos una mención ligera; porque el amor innato que profeso á la sabiduría, á la justicia, á la religión y á los gobiernos regulares, no me deja nada que elogiar ni citar en estas naciones.»

Por los años de 1153, el gerife *Al-Edrisi*, llamado comúnmente *el geógrafo de Nubia*, compuso, en la corte de Rogerio I, Rey de Sicilia, sus *Recreaciones geográficas*, con el objeto de explicar un globo terrestre de plata que aquel Príncipe había mandado construir, y que pesaba ochocientos marcos.

En 1592 se imprimió en árabe, en Roma, un compendio de la obra del gerife *Al-Edrisi*. El presidente de Thou indujo á los maronitas, llamados Gabriel Sionita y Juan Hesronita, á que le tradujeran en latín, y así lo hicieron efectivamente, bajo el título de *Geographia nubiensis*. Grew tenía en Inglaterra la obra completa con muchos mapas perfectamente delineados. Pocke poseía también de ella dos ejemplares completos que había traído de Egipto, aunque sólo ha publicado el capítulo que trata de la Meca. También Cas-

siri ha hecho reimprimir este fragmento; pero la publicación de la obra más docta de cuantas hayan salido jamás sobre aquel geógrafo se debe á la inmortal universidad de Gotinga en 1791. Finalmente, Amadeo Jamba, dió en 1837-1839 una traducción francesa y completísima de la geografía de *Edrisi*.

Edrisi era natural de Ceuta, y antes de componer su geografía había estudiado



LA MECA

en Córdoba: era descendiente de una familia que había reinado en Nubia ó en Egipto; de manera que, por más que diga *Cassiri*, no se le ha dado sin razón el nombre de geógrafo de Nubia (1).

(1) Más adelante hemos de encontrar un cuadro general de los conocimientos generales de los árabes, pero creemos que no dejará de tener aquí cierto interés el dar una ligera mirada á la geografía particular de *Edrisi*. *Edrisi* nos presenta, en su geografía, la Tierra como envuelta al este y al oeste por el mar *Tenebroso*, que llama igualmente al este *Mar de Pez*, y da el nombre de *Mar de Damasco* al Mediterráneo. El territorio de Damasco ocupa casi la mitad de su mapa, y comprende el oeste del Asia. En las fronteras septentrionales de la misma parte del mundo coloca el país de *Magog* y *Jagog* y el monte *Cocuja* (el Cáucaso ó los montes *Orales*), en el este el *Tobhat* (Tíbet), el *El-Sin* (¿la China?), en el sur, el *El-Hind* (el Indostán), el *Iemou* y el *Oman*. Su mar Verde es el golfo Pérsico; su *El-Kalzem*, el mar Rojo; su mar *Georgieme*, el mar Caspio. De Europa

Schahab-edin Abu Abd-allah Yakut compuso en el mismo siglo un diccionario geográfico titulado *Kitab Moadjem el-Boldan*, es decir, el *Indicador de los países por orden alfabético*; é hizo un extracto de la misma obra bajo el siguiente título: *De los diversos lugares que tienen nombres semejantes*.

Hacia la misma época el jeque *Zacarías* daba la última mano á su geografía, que se divide en siete climas, y se titula: *Descripción de los países y tradiciones de los pueblos*.

A mediados del siglo catorce de nuestra era, *Ibn-al-Uardi* compuso en Alepo una obra de geografía física, titulada: *La perla de las maravillas*, fijándose mucho en los pormenores de la historia de los tres reinos de la naturaleza. Detalla también minuciosamente el Africa, la Arabia y la Siria, pero es harto sucinto al tratar de Europa, de la India y del norte de Asia. La Biblioteca Nacional de París posee nueve manuscritos de su obra, á la que había añadido un mapa general de la Tierra, aunque de Guignes no le ha insertado en sus extractos de aquel autor. Sin embargo, como que dicho mapa está conforme en mucho puntos con el de Sanudo, que se ve en Bongars, es evidente que los primeros geógrafos y dibujantes de mapas entre los cristianos, no hicieron otra cosa que copiar á los árabes.

De Guignes ha publicado algunos extractos de *Ibn-al-Uardi*, sacados de los manuscritos de la biblioteca de París. Ya

menciona la *Rusia*, la *Germania*, la *Andalucía* (que es toda la España), la *Tierra Romana* (Italia), y la Macedonia. Prolonga extensamente el Africa al sudeste, terminándose en el país de *Ouak-Ouak* y *Madagascar*. Coloca finalmente al norte, el *Metsr* (Egipto y Tunes Túnez); y en el interior los montes de la Luna, de donde proceden las fuentes del *Nil El-Metsr* (Nilo de Egipto) al oeste, el *Nilo de los negros* (Níger) que desemboca en el mar Occidental.

Aurivillio, catedrático de Upsal, había hecho imprimir anteriormente un ensayo de la obra de este geógrafo; pero después un sabio de Lund en Escania se ha ocupado en publicarla por completo.

El geógrafo persa *Hamdullah*, cuya obra es apreciada de todos los orientalistas, floreció casi al mismo tiempo que *Ibn-al-Uardi*.

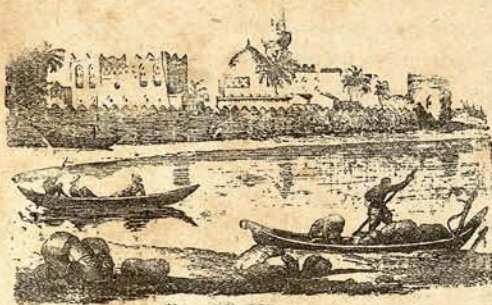
Abul-Feda, príncipe de Amah en Siria, guerrero intrépido, llamado, por sobrenombre, el *Rey victorioso* y la *Columna de la religión*, que vivió desde fines del siglo XIII á primeros del XIV, es un escritor muy célebre entre los árabes. De él tenemos el *Takuim al boldán*, es decir, la *Verdadera situación de los países*, que es una descripción muy individualizada de la Tierra, dispuesta en tablas ordenadas con arreglo á los climas, y con los grados de longitud y latitud de cada lugar. No hace, sin embargo como los demás geógrafos árabes, que hablan de los diferentes países, y luego de cada clima, procediendo de occidente á oriente; sino que describe cada comarca principal en un capítulo separado, y en la introducción se extiende sobre la geografía matemática, los mares, los ríos y las montañas más considerables del mundo. Greaves había intentado publicar esta obra, que es de mucha importancia para la geografía, y aun por vía de ensayo insertó la descripción del *Khovaresm*, del *Mavarelnahar* y de Arabia en la cuarta parte de la *Colección de los pequeños geógrafos* de Hudson; mas, habiendo prestado dinero al Rey de Inglaterra en tiempo de las revueltas, fué encarcelado de orden del *largo parlamento*, su casa fué saqueada, y su traducción, que ya se hallaba terminada, desapareció, lo mismo que el original. Reisque ha traducido toda la obra en latín, á excepción de lo que ya habían publicado Greaves y otros; en 1766 *Kæhler* dió á luz la Siria; y, en 1776,

Michaelis, el Egipto, con una versión latina y un comentario. El país que mejor describe Abul-Feda es Siria, por ser éste su país natal. Tampoco ofrece preciosas noticias sobre las comarcas vecinas, como Arabia, Persia, Egipto y el *Magrab*, es decir, toda la costa septentrional del Africa; pero sus relaciones sobre el Turquestán ó Tartaria, y sobre China, no contienen aquellos pormenores que eran de esperar de las frecuentes comunicaciones de los árabes con estos países. Muy poco dignas de atención le han parecido la Europa cristiana y las comarcas del Africa habitadas por los negros. Abul-Feda analiza menos que compila: su espíritu frío y sosegado despreciaba las fábulas. Su *Historia universal*, ó mejor, sus *Anales de los pueblos mahometanos*, precedidos de una introducción general, ofrece muy poca luz á los geógrafos.

El-Bakui, que publicó las *Maravillas de la omnipotencia sobre la Tierra*, floreció á últimos del siglo XIV; mas es de advertir que cierta confusión en el manuscrito parisiense ha trocado su nombre por *El-Yakut*, lo cual podría hacer que se le confundiera con el verdadero Yakut, de quien hemos hablado antes. El-Bakui fué llamado así por ser natural de Baku, situada sobre el mar Caspio; pero su verdadero nombre era Abn-Urrasquid. De Guignes ha publicado un amplio extracto de este autor.

El siglo XIV, que tan fecundo había sido ya en geógrafos árabes, produjo además un viajero digno de ser comparado con los Massudí y los Ebrisi: tal era *Ibn-Batuta*, que hasta estos últimos años ha sido desconocido de la Europa científica. Ibn-Batuta, natural de Tánger en las costas del Oceano Atlántico, salió de su patria por los años de 1325, y por espacio de veinte años recorrió el Egipto, la Arabia, la Siria, las provincias del imperio griego, la Tartaria, la Persia, la India y la

China. Regresó al Africa, visitó la España, repasó el mar, atravesó el Atlas y penetró en Tembuc, en Mell y hasta en el fondo del Sudán. No era Ibn-Batuta una de aquellas almas superficiales que arrastran una vida vagabunda, tan sólo por una vana curiosidad: dotado de una instrucción profunda, mereció la estimación de todos los pueblos por donde pasara, y por espacio de algún tiempo desempe-



MOKA

ñó las funciones de cadí en la ciudad de Delhi y en las islas Maldivas. ¿Acaso la relación original de Ibn-Batuta no sería para nosotros del más alto interés? (1)

León el Africano, autor de una *Descripción del Africa*, casi puede decirse que pertenece á la geografía moderna. Ocioso fuera mentar los geógrafos árabes menos célebres y de menos saber. Ignorantes como somos de la lengua en que han redactado sus obras, no podemos ocuparnos en excesivos pormenores; sin embargo, y reclamando la indulgencia de los orientistas, procuraremos trazar el cuadro de los conocimientos geográficos de los árabes.

Los países más conocidos de aquel pueblo eran los que habían abrazado las doctrinas del Alcorán, y que fueron vi-

(1) Se han dado ya extensísimos, extractos en la quinta serie de *Nuevos anales de viajes*.

sitados por sus comerciantes ó vencidos por el poder de sus armas. No queremos decir con esto que las comarcas más remotas de Europa y los desiertos del Asia de la otra parte del mar Caspio se sus-trajeran del todo á su vista; pero las noticias sueltas que se leen en sus geografías sobre algunos países y ciudades, como la Irlanda, París, capital de los francos, la Inglaterra (*Ancalthar*), el ducado del Sleswig, la ciudad de Kief y algunos otros puntos, hacen que difícilmente se conciba por qué medios obtuvieron unos conocimientos tan exactos sobre algunos sitios, al paso que no han sabido absolutamente nada de otras comarcas vecinas.

Los árabes dominaban la mayor parte del África, recorriendo esta parte del mundo hasta los alrededores de Sofala al oriente, y hasta más allá de las orillas del Níger en el interior; mas en cuanto á la costa occidental, no parece sino que sus conocimientos no pasaron de las cercanías del cabo Blanco. Las seis islas Afortunadas de los antiguos las conocían los árabes bajo el nombre de *Chaledat*. Algunos autores, ateniéndose á las más importantes, nombran solamente dos, cuyos pueblos son representados sin barba, á saber: *Lako*, que seguramente es Lanzarote, y *Saali*, que en este caso no puede ser sino Fuerteventura. Ya desde principios del siglo trece los autores árabes indican las estatuas que mostraban el occidente con el dedo, y que figuran en tantos mapas de la edad media. Entre las otras islas del mar Occidental ó Tenebroso, parece que los árabes han conocido á Tenerife, con su célebre montaña, bajo el nombre de *Chasaran*. En oscura lontananza asoman otras tierras: la isla *Kulhan*, que tal vez es la Caledonia, donde los hombres tienen una cabeza parecida á la de los monstruos marinos; y la tierra de *Mustakkin*,

que bien puede ser la Irlanda, llena de serpientes, y semejante á la *Ofusa* de los antiguos navegantes cartagineses. Temerario sería ver las islas de Feroe en la *Ganam*, es decir, de los Carneros, á pesar de que la significación es la misma. Edrisi indica también la isla de *Sahelia*, donde se compra ámbar amarillo, y la de *Laka*, que contiene madera olorosa. Con abstenerse de marcar las distancias, los árabes han abierto la puerta á todas las conjeturas; así es que unos han buscado estas islas en América, y otros han hecho mención de los hermanos *almagurinos*, suponiendo que hicieron un viaje á esta parte del mundo antes del año 1147. Esta circunstancia merece particularmente nuestra atención.

Ocho habitantes de Lisboa, á quienes dieron el nombre de *almagurinos* ó *errantes*, emprendieron un viaje para descubrir las tierras más apartadas del lado del occidente, y, habiendo navegado once días hacia el oeste y veinticuatro hacia el mediodía, hallaron una porción de islas, entre las cuales había una muy rica en ovejas, pero de carne tan amarga que no pudieron comerla. Otra de aquellas islas era habitada por unos hombres que les participaron que todavía podía navegarse por el Oceano durante treinta días, pero que era imposible salvar mayores distancias por causa de la oscuridad. En tiempo de Ibnal-Uardi se conservaba todavía el recuerdo de su viaje por el nombre de una calle de Lisboa titulada la calle de los Almagurinos. La relación de los países que suponían haber visto podría aplicarse á aquella grande isla hipotética que muchos mapas construídos antes de los descubrimientos de Cristóbal Colón designan al occidente de Europa; pero parece más natural admitir la realidad del viaje, y creer que lo que vieron aquellos navegantes son las Canarias, puesto

que regresaron al puerto de *Asfi*, ó de *Asafi*, situado en el *Magrab-el-Aksa*, ó la parte más occidental de África.

Edrisi conoce también á los *zanhagos*, tribu que ha dado su nombre al río Senegal. Hay documentos del siglo XIII, conservados en Génova, que indican el *Rio do Ouro* bajo el nombre arábigo de Wadimel: así parece que los conocimientos de los árabes han traspuesto el mismo cabo Bojador, que por tanto tiempo contuvo á los portugueses.

La geografía moderna no ofrece ciertamente muchos datos superiores á los que suministran los árabes sobre la mayor parte de Nigricia; de manera que la discusión relativa al *Nilo de los Negros* va envuelta en la descripción del Africa. Este río, que algunos autores árabes hacen correr en dirección al oeste, según la exacta observación de Mr. de Lalande, tal vez será reconocido algún día en un río diferente del Joliba ó nuestro Níger. La comarca *Mezara*, con la ciudad, ó, según otros, la isla de *Uhil*, termina la geografía árabe del lado del occidente, como el país de *Lamlen* la termina del lado del mediodía. La Nigricia ó la *Belad-al-Sudan*, en donde hay algunas comarcas denominadas también *Belad-al-Tibr* (país del oro), contenía las ciudades de *Tocrur*, *Sallah*, *Berassa* y *Gana*, célebres por su mucho comercio, y acaso todavía florecientes. Al norte de estos países había el desierto de Sahara, por donde cruzaban las caravanas de los habitantes de *Vareclun*, ó á cuyos confines iban en busca del oro, de los esclavos y del marfil del país de los negros.

El África oriental, desde Egipto hasta el cabo Corrientes, fué muy frecuentada de los árabes del siglo X, que acabaron por establecer en ella su dominio y su religión. Los nombres que dieron á los pueblos de aquellas comarcas son los mismos que llevan en el día. Las ciu-

dades de Melinda, Mombaza y Sofala florecieron ya durante el siglo XII. Los geógrafos árabes sitúan más abajo de Egipto la Nubia, cuyos habitantes eran muy estimados como esclavos, y con este país confinaba el *Habach* ó Abisinia, que contenía muchas jirafas y era límite del país del oro. En la misma costa, aunque más al sur, había el país de los *zindgos* ó Zanguebar, donde se hallan las ciu-



ISLA DE ORO

dades de que acabamos de hablar, y otras todavía célebres por su comercio. La Etiopía, conocida de los árabes, terminaba en el país de *Sofala*, que además del oro producía mucho hierro; pues en cuanto á la tierra *Uac-uac*, que todavía es más remota, nadie sabe adónde buscarla. Ignoraban los árabes que el mar *Herkend*, es decir, el mar situado en el Africa y la India, formara un todo con el Atlántico; al contrario: algunos de sus geógrafos reproducen los errores de Ptolomeo sobre la unión de las partes meridionales del Africa y del Asia. Lo cierto es que Edrisi coloca cerca de las islas de *Sanf* y de *Malai*, que son las más apartadas de las Indias, una tierra considerable, que se extendía del oeste al este, que del lado del oeste se junta con la costa de Zindge en Africa, y que por el norte se prolon-

gaba hasta las costas de *Sin*, es decir, de la India de allende el Ganges. Los geógrafos árabes hablan mucho de ciertas islas del Oceano índico. Verdad es que ya entonces Madagascar era concurrida por los extranjeros, como lo demuestran antiguas colonias árabes que se hallan establecidas en ella. Dice Mas-soudi que á unas dos jornadas de navegación de Zanguebar estaba la isla de *Fanbalu*, cuyos moradores habían abrazado la religión de Mahoma; y ya hemos fijado la atención en la notable semejanza de este nombre con el de *Febol*, que es una isla grande del mar de las Indias, conocida desde el tiempo de Aristóteles.

La isla *Seranda*, que indudablemente es el Serandip de los indios y nuestro Ceilán, está situada á poca distancia del Africa por Edrisi; lo cual es una nueva consecuencia de las ideas de los griegos con relación á Taprobana.

Los árabes conocieron la mayor parte de los países y de los pueblos del Asia, y sus fervientes misioneros esparcieron la doctrina de Mahoma hasta el centro mismo de esta parte del mundo. Los árabes no solamente conservaron, sino que también aumentaron las noticias que se tenían de Siria y Persia. No tardó en salir de la oscuridad la misma Arabia, su patria; como que, merced á sus escritores, llegóse á conocer cada provincia y cada ciudad de esta península, de la que tan sólo se distinguían antes algunas ciudades costaneras. Entre las otras comarcas del Asia, adquirieron un conocimiento muy circunstanciado de las que se hallan al norte de la India y de Persia, la antigua Bactriana y la Transoxiana, que de la denominación de los persas habían pasado á las suyas. También habían sabido muchas particularidades en orden á las comarcas situadas al norte y al este del del río Dihum; pero como que estos paí-

ses han sido muy poco concurridos desde aquella fecha, y como que sus ciudades y sus reinos desaparecen con la misma facilidad con que desaparecen los collados de arenas al soplo del vendabal, de ahí es que lo que de ellos han escrito los geógrafos árabes, incluso el mismo Ibn-Fozlan está envuelto para nosotros en cierta oscuridad. Los árabes describen muy vagamente la península situada á la otra parte del Ganges, y las islas de la India descubiertas por los portugueses más alla de Sumatra y de Java.

Sus conocimientos exactos y circunstanciados del Asia situada al este del mar Negro y de las comarcas limítrofes de Europa, habitadas por los pueblos eslavones ó eslavos, terminaban en los desfiladeros del Cáucaso, del lado de *Bab-el-Abuab*, en aquella como inmensa línea divisoria descubierta en el siglo décimotavo por los rusos cerca de Derbent, ciudad llamada por los árabes *la ciudad de la Puerta de las puertas*. El desfiladero de Derbent ha dado margen á algunos errores geográficos, por habersele confundido con harta frecuencia con otro que debiera buscarse en Bukaria, á la otra parte del Dijihún. Este segundo desfiladero se denominaba, como el primero, *la Puerta de hierro*, y estaba situado á poca distancia de la ciudad de *Termed*, sobre el Dijihún, en la provincia de *Balk*; mas es claro que Abul-Feda y Edrisi lo confunden á menudo con la Puerta de hierro que se halla cerca de Derbent. Verdad es, sin embargo, que este último autor, en cierto punto de su obra, señala á ésta su verdadero sitio. El paso de *Termed* es famoso, porque Tamerlán le atravesó con su ejército; y su historiador Cherefeddín da el nombre de *Kolugga* al sitio cerca del cual estaba. En su mapa de Asia, d'Anville ha indicado en este punto una Puerta de hierro. Clavijo, que en 1403 fué enviado como

embajador á Tamerlán por el Rey de Castilla, es el que mejor ha descrito este paso principal de la India á Samarcanda. En la misma época le atravesó también el alemán Schildberger, entre la comitiva de Scharok, á cuyo servicio estaba.

Abul-Feda ha situado en las cercanías de la Puerta de hierro, junto á Derbent, á los lesghos y otros pueblos que hablaban idiomas diferentes; pero Guldenstaed los ha hallado en el Cáucaso. A la otra parte de esta cordillera estaba situado *Seclab*, ó sea el país de los esclavones, cuyos habitantes tenían el pelo rojo. Entre sus ciudades había una muy célebre llamada *Maschput*, que probablemente es Moscú; siendo igualmente célebres las salinas de *Susith*. La comarca limítrofe de esta y del Volga era *Belad-al-Rus*, esto es, la Rusia actual, habitada por un pueblo muy sucio. Algunos geógrafos árabes citan los nombres de muchas ciudades rusas; pero no cuesta pocos trasudores reconocer el de Kief, la antigua capital, en *Keenan*, *Kujah* y *Kujavha*. En las márgenes del Volga, ó *Itil* colocan á los *chozaros*, ó mejor los *khazaros*, pueblo tártaro, entre el cual vivían judíos, cristianos, paganos y mahometanos.

A los khazáros sucedieron los *búlgaros*. Casi todos los geógrafos hacen mención de *Bolgar* ó *Bolar*, que era su capital, situada en el Volga, cuyas ruinas, que todavía se ven á 80 verstas más arriba de Sinbirsk, patentizan su antigua importancia. Algunos orientales la consideraban como la ciudad más septentrional del mundo, y en sus alrededores se hallaban los huesos de mammut, ó marfil de Siberia. Los árabes conocían casi exactamente la figura y la extensión, tomada de norte á sur, del mar Caspio, llamado de *Chozar*, de *Tabaristán* ó de *Gorgán*, y los principales ríos que en él desembocan. A las vastas llanuras situa-

das al norte de aquel mar, y por donde divagaban muchas hordas turcas y tártaras, les daban el nombre de *Kipchack* ó de *Descht-Kaptschack*, que son los que les dan los orientales, y que significan desiertos de Kapschack. Entre otras hordas se hallaba la dorada, ó sea los pueblos del trono de oro, cuyo kan residía en la ciudad de *Saray*, situada cerca de la desembocadura del Volga. Antes que Tamerlán la destruyera en 1395, Saray era un mercado de esclavos muy famoso, y las caravanas de los cristianos que iban á China tenían la costumbre de pasar por ella. Por lo que hace al oriente del mar Caspio, las armas de los árabes no penetraron á mucha mayor distancia que las de Alejandro y de sus sucesores; y en cuanto al norte, el estado árabe más remoto fué la Transoxiana, ó el *Mavarennahar*, que confinaba con el Turquestán, llamado *Belad-Tatar* y *Belad-Kargis*, y habitado por estas mismas hordas tártaras y kirghizes que aun divagan por allí actualmente.

Las descripciones hechas por los árabes de los países sometidos á su poder en aquellas comarcas, son aún en nuestros días casi las únicas que poseemos; mas no nos ocuparemos en analizarlas con excesivos pormenores, para no anticipar nuestra geografía descriptiva moderna. La comarca situada al nordeste de Persia, y que se extendía hasta el Oxó, llevaba el nombre de *Corasán*, bajo el cual se comprendía algunas veces el Candahar y la provincia de Balk. Aun existen las ciudades de Herat, Nisabur, Khojend y las dos Meru, mencionadas por Abul-Feda y Bakoui. Más al norte, ó á lo largo de la costa sudoeste del mar Caspio, se extendía el país de *Khovarezm* ó *Kharism*, atravesado por el Djihun, y rodeado en muchos puntos de desiertos estériles y arenosos. Las ciudades principales eran *Otrar* ó *Farah*,

Urghendj, *Amol*, *Hazarasp* y *Cath*, de las cuales es probable que aun existan algunas. Abdul-Kerim, que acompañaba á Nadir Schah, habla de *Urghendj* y de *Hazarasp* como de las ciudades más florecientes de la provincia. En 1739 Hanway halló á *Amol* en buen estado, con algunas minas y fraguas de hierro en las cercanías. Confinaban con el Corasán las provincias de *Gur* y de *Badakhchán*, de las cuales la de *Gur* era un pequeño estado particular situado en la parte oriental de las montañas del Corasán, y al mediodía de la provincia de *Balkh*, con una capital del mismo nombre. En el siglo XVII el imperio del Mogol contaba entre sus provincias la del *Badakhchán* ó *Balaxián* de Marco Polo, famosa por sus minas de piedras preciosas, y que, según Edrisi, confinaba con el reino indio de *Canoge* sobre el Ganges, estado antiguamente muy célebre en todo el oriente. En las geografías árabes aparece el *Tibet* bajo los nombres de *Tobbat* y de *Albotón*, situado en las altas montañas que hay entre la India y la China. Entonces, como ahora, se hallaba dividido en tres partes: el Tibet superior, el del centro y el inferior; y no solamente sabían los árabes que en él se halla borraj, y el animal que da el almizcle, sino que todo cuanto dicen acerca de la manera con que se recoge la primera sustancia está completamente de acuerdo con las relaciones de los naturalistas modernos. A juzgar por sus escritos, era muy confuso el conocimiento que tenían de los países situados más al norte, á excepción del *Mavarelnahar*, que situado entre el Sihún y el Djihún, pasó á ser al cabo de poco tiempo un estado mogol particular, y llevó, con una parte de la Gran Tartaria, el nombre de *Zagathai*. Creíase que los mencionados ríos, después de haber bañado aquella provincia y corrido á muy poca dis-

tancia de sus principales ciudades, *Bukhara*, *Samarcanda* y otras, desembocaban en el mar Caspio; mas este antiguo error, reproducido por algunos geógrafos europeos, fué impugnado por Abdul-Kerim, que visitó aquel país á mediados del siglo anterior. Hemos demostrado ya que esta opinión era el producto exclusivo de las ideas sistemáticas y falsas que sobre la extensión del mar Caspio se tenían. Mas allá del Djihún, en dirección al norte y al oeste, se extendía el país de los turcos ó el *Turquestán*; mas todo cuanto de él dicen los escritores árabes da poquísima luz sobre la Gran Tartaria, cuyas diferentes partes no han patentizado las conquistas de los rusos. Así Edrisi hace mención de un país de *Baghargar*, cuya capital es *Tantabro*, y que está situado más arriba del Tibet, extendiéndose hacia el oriente hasta el Oceano Tenebroso, que forma el límite de China; pero es probable que este nombre debe su nacimiento á un error de los copistas, como que, según observa Herbelot, el mismo país lleva el nombre de *Tagazgaz*, y en la historia de China se trata de sus habitantes con mucha frecuencia. También estaba situado por aquel lado el país de *Charchir*, que es acaso el de los kirghiz. Léense en otros autores árabes los nombres de los *uzbecks* y de los *adcash* ú *olodhcos*, que vivían en los alrededores de *Gog* y *Magog*; y los *baschkart* ó *bachkiros*, los *kaymak*, los *katzadche*, y otras hordas tártaras, entre las cuales hay algunas que han mudado de nombre ó han sido exterminadas por sus vencedores.

Con relación á la parte más remota del norte de Asia, donde existen los caudalosos ríos del Obi, de Ienisei y de Lena, que riegan los desiertos de los tonguses y de otros pueblos bárbaros, diremos que les era completamente desconocida. Según ellos, era el país de *Gog* y *Magog*,

el más septentrional de aquella parte del mundo; mas esta comarca queda envuelta en una nube de fábulas. Pocos extranjeros osaban penetrar en ella por razón de la grande elevación y fragosidad de las montañas, la profundidad de la nieve y el carácter feroz de los habitantes; y además de esto los desfiladeros estaban cubiertos por una densa oscuridad que hacía muy peligrosa la salida. En sentir de algunos autores, aquella supuesta extremidad del mundo se hallaba separada de los otros países por una enorme muralla, y era preciso emplear veintiocho meses para ir desde el mar Caspio hasta allí. Las fábulas que espetaban sobre aquel país inaccesible, se introdujeron en la geografía de los cristianos; y este es el motivo porque los autores de mapas en la edad media, y aun en siglo XVII, colocaban en las cercanías del mar Caspio una gran cordillera, y al otro lado el palacio de Gog y Magog. Verdad es que algunos geógrafos menos crédulos, como Mercator, Blaeuw y Sansón, han conservado en sus mapas á Gog y Magog, con la diferencia de que consideraron estos nombres citados por Sanudo y Bianco como los equivalentes de los nombres de los pueblos mogoles (1).

(1) Según Mr. d'Ohsson, los árabes han tomado del Corán la tradición de Gog y de Magog. Mahoma, que, para ocultar mejor las fuentes donde bebía, alteraba los nombres y los hechos, vió en Ezequiel y en el Apocalipsis la profecía contra *Gog y Magog*, é hizo de estos dos nombres los dos pueblos *Yadjouhje* y *Madjoudje*, que los comentadores del Corán representan bajo formas monstruosas y como predestinadas á invadir la Tierra poco antes del fin del mundo. «Colocan,—dice monsieur d'Ohsson,—los yadjouhjes y los madjoudjes más allá del famoso muro, en el norte asiático, y, tomándolo de autoridades igualmente respetables, todos los geógrafos mahometanos mencionan esos pueblos fabulosos en la descripción del séptimo clima, que comprende la zona más septentrional del globo. Se creyó desde luego que los yadjouhjes estuvieran detrás del Cáucaso; pero, á medida que los conocimientos geográficos se fueron ex-

En una época bastante remota pasaron á la China algunos embajadores árabes y otros viajeros. Bajo el califato de Valid, que reinó desde el 704 á 715, ciertos enviados de esta nación atravesaron el Kachghar en dirección á aquel país, de donde volvieron con ricos presentes; y desde entonces se hicieron muy frecuentes los viajes terrestres de Samarcanda á Kanfu. Durante el siglo IX fué visitado aquel imperio por los navegantes árabes, según consta por el viaje marítimo que Wahab y Abuzaid hicieron á Cantón, que, según buen discurso, es el mismo punto llamado *Canfu* por Marco Polo, aunque en realidad es preciso llamarle *Kuang*. En 850, los árabes, que existían en gran número en el imperio, tenían en ella un cónsul, y en ella terminaba su comercio marítimo, bien que, además del puerto de Canfu, se les habían abierto muchas ciudades del interior, como *Jangu*, *Chansa*, *Zaitón* y otras. Verdad es que sus comerciantes conocían muy bien el país y las ventajas que éste les ofrecía; pero sus geógrafos no han acertado á descifrar ni comprender los nombres de las provincias y ciudades; por cuyo motivo se concretan á mentar las más famosas, y se explican con mucha concisión acerca de un país tan circunstanciadamente descrito por los dos viajeros traducidos por Renaudot. Hallaron éstos en aquel imperio comunidades cristianas, y se convencieron de los insignificantes progresos que en él hicieran la lengua y la religión de los árabes. Su relato contiene la más antigua mención del aguardiente, del té, de la porcelana y de esta moneda china de baja ley llamada *falo*, que todavía conserva su primitiva forma. Muchos son los nombres que dan á Chi-

tendiendo, se les iba retirando al norte, dejándoles, por fin, estacionados en las costas del *Mar Tenebroso*, esto es, del mar Glacial»—J. Haot.

na así ellos como la mayor parte de los geógrafos orientales. Las provincias del norte, á las que llaman *Catay* y *Tcha-Catay*, es decir, Catay del té, y cuya capital es *Chambalek* ó *Cambalu*, se distinguen de las del mediodía, denominadas *Tchin* ó *Sin*; pero como, según parece, comprendían con este nombre toda la península situada á la otra parte del Ganges, que no se mienta por ninguno de sus geógrafos bajo una denominación particular, acaso debiéramos buscar en ella muchas ciudades de Sin, cuyos nombres no se parecen en nada á los de las ciudades de China; ó acaso estos nombres no han sido bien oídos ó escritos correctamente, si ya no es que aquellas ciudades, como las del Turquestán, de que habla Edrisi, han sido destruídas con los reinos en donde estaban situadas. En medio de China coloca el armenio Haytón el rico país de *Sym*, que contiene minas de diamantes y que confina con la India y el Catay. Dice el autor del *Espejo* de Akbar, cuyo testimonio es de mucho peso, que á principios del siglo XVII el Pegú llevaba en el oriente el nombre de *Cheen* ó *Tschin*, y ya hemos visto que el país de *Sina* y la famosa ciudad de *Thina* han de buscarse en aquellas cercanías. Para distinguir el mediodía de China, se le dió el nombre de *Maha-Tchin*, esto es, Gran China, del que por corrupción se hizo *Manji*.

Lo que en la actualidad comprendemos con el nombre de Hindostán, ó de Indostán, estuvo dividida en dos grandes provincias, á saber, *Sind* é *Hind*; y, aunque no es posible determinar con exactitud los límites de la primera, se puede juzgar que comprendía los países situados á lo largo del Indo, el Lahor, el Multán, el Adjeimyr y el Gudjerate, ó, por mejor decir, una parte de estas provincias y de sus vecinas. El Hind estaba al oriente, y encerraba las provincias de

Delhi y de Agra, el país de Ude y el Bengala, ó sean las comarcas situadas á lo largo del Ganges. El Dekhán, ó la península meridional, pertenecía al Sind. Los árabes no conocían el interior ni la costa de Coromandel; y el conocimiento cierto y especificado que del continente tenían terminaba en el cabo Comorín ó *Ras-Comr*. Sometieron muy pronto una parte del Sind; y á principios del siglo VIII, en tanto que el califa Valid hacía concluir la conquista de España y del Corasán, reducían sus ejércitos el Multán y el Lahor; así es que todos los geógrafos árabes, que ofrecen bastantes pormenores acerca de estos países, pintan las delicias del vallé de Cachemira y de sus populosas ciudades, recuerdan su templado clima y la cordillera que la ciñe por todos lados, y describen el floreciente estado de *Almansura*, que se extendía por todo el Delta del Indo. Lo que más particularmente conocían es el Gudjerate, puesto que hacen mención de las ciudades de *Sumenat*, *Cambay*, y especialmente de *Nahrwahra* ó *Nahelwahra*, residencia del más poderoso Rey de las Indias, conocido entre los árabes con el nombre de *Maha-Balara*, aunque Abul-Feda le llama *Ilbara*, es decir, Rey de los reyes. Extendíase su reino desde el Gudjerate y el Concán hasta el Ganges. Los demás Reyes de la India, que eran en número considerable, reconocían su preeminencia; y, aunque Renaudot ha demostrado que el Maha-Balara era un príncipe diferente del zamorín de Calicut, un historiador inglés moderno ha confundido de nuevo estos dos personajes distintos. El reino de Balara, que fué destruído por los mahometanos en 1204, lindaba al oriente con el *Bengala*, estado antiguo y poderoso que llevaba el nombre de *Canoge*, del de su capital, la que estaba situada sobre el Ganges y tenía trescientos mercados solamente para las piedras

preciosas; y, aunque el Ayeen-Akbery no hace de ella la menor indicación, sus ruinas aun existentes arguyen la inmensa extensión que tenía. Llevaban sus reyes un título particular, á saber, el de *baras*, *goraz* ó *burón*, aunque tal vez sería preciso mudar este nombre en el de *guruh*, tomado de la antigua ciudad de *Gor*, situada á ocho millas del Ganges, construída mucho tiempo antes de Jesucristo, y corte de los Reyes de Bengala antes que los mahometanos conquistaran este país. Los geógrafos árabes citan además, en esta parte del Indostán, á Benares, ó *Banars*, antigua escuela de la filosofía india, sin echar en olvido la inexpugnable fortaleza de Gualior. Dice Ibn-Batuta que Delhi cayó en poder de los mahometanos en el año 1188 de nuestra era; elogia en seguida la hermosura de aquella ciudad, que en su tiempo era la más importante, no sólo del Indostán, sino de todas las comarcas orientales sujetas al islamismo, como formada por la reunión de cuatro ciudades; y describe su muralla de once codos de grueso, y su antiguo templo indo, transformado en mezquita de una magnificencia y extensión inauditas. A continuación el geógrafo árabe describe á *Daulet-Abad*, que á la sazón era de una importancia tan grande, que, según dice, rivalizaba con Delhi; la pequeña ciudad de *Nazar-Abad*, habitada por mahratas, pueblo dado á las artes, á la medicina y á la astrología; *Sagar*, que llevaba el nombre del río que la bañaba, y cuyos habitantes eran religiosos y pacíficos; y por ultimo, *Goa*, que pertenecía al Rey de Candahar, tributario del Emperador del Indostán.

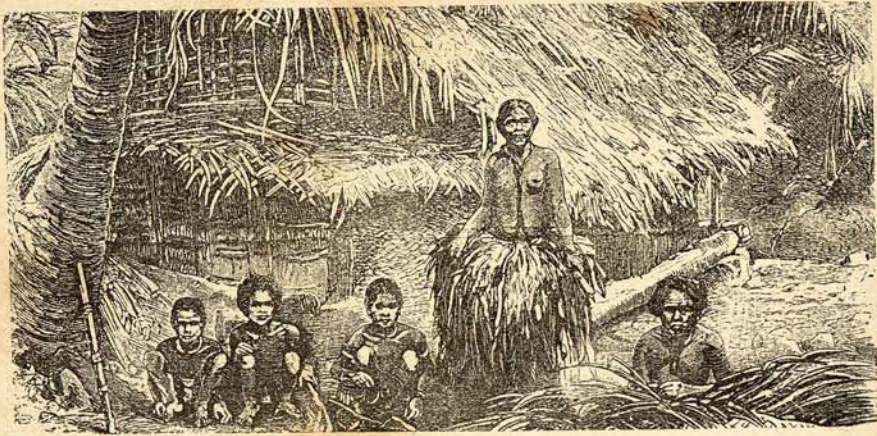
Los árabes debieron frecuentar las costas de *Concán* y de *Malabar*, como pilotos de los romanos, y sirvieron de guías á los portugueses cuando descubrieron aquella ruta buscada por tanto tiempo para llegar á ellas por mar; mas

sus escritores no dicen una palabra de ninguna de las ciudades mercantiles concurridas en la actualidad, á no ser *Mangalor*. Es posible que las que mientan hayan sufrido la misma suerte que las otras ciudades del Asia. Créese reconocer á *Tanna* en la isla de Salceta, junto á Bombay, y que en siglo XIII era muy afamada por su comercio. También citan la costa de Malabar, ó *Melibar*, ó *al-Mabar*, como el suelo natal de la mejor pimienta, en donde conocían además la ciudad de *Coilán*, *Quilón* ó *Caulam*, situada en el reino de Travancor, al fin de la costa de la pimienta. En la misma colocan otra ciudad cuyos habitantes eran judíos; lo que prueba que ya tenían noticia de la colonia judía que de tiempo inmemorial se halla establecida en Cochín. También es muy posible que ellos mismos se establecieran luego á lo largo de la costa de la pimienta. Como quiera, lo cierto es que los portugueses, en sus primeros viajes á la costa de Malabar y al reino de Cananor, encontraron en ella á los mahometanos bajo el nombre de *mapuletos*, en número muy considerable, como que componían la quinta parte de los habitantes; de manera que la llegada y la presencia de los portugueses fué lo único que les impidió hacerse dueños de toda la costa.

El cabo Comorín, con una ciudad del mismo nombre, separaba el Sindo del Indo. Las islas Maldivas fueron conocidas de los navegantes árabes bajo el nombre de *Robaihat*, y desde entonces las frecuentaban para el comercio de los cauris (*cypræa moneta*) ó conchitas que servían de moneda; habiendo observado que los habitantes preparaban toda suerte de tejidos con la fibrosa corteza del coco. Dichos navegantes calculaban el número de estas islas en mil y novecientas. Algunos de sus geógrafos colocan exactamente cerca de la India la isla de

Ceilán ó *Serendip*, y la describen como una isla grande, rica, populosa y que produce especias, palo de sándalo, brasil y perlas. En pos de esta isla hablan ordinariamente del reino de *Ramant*, que, según la mitología india, podría considerarse como la parte meridional de Coromandel, por donde corre la serie de arrecifes llamada *punte de Rama*, y por donde se cree que pasó el dios de este nombre para ir á pelear con los gigantes

de Ceilán. Entre Ceilán y el continente hay una isla denominada *Ramana-Coil*; y en el delta formado por el río Madura existe una ciudad llamada de *Ramana*, que era la antigua capital de un reino; por donde se ve que la isla ó reino de Ramani, que los árabes confundieron con Sumatra, debe buscarse en aquellos sitios. En cuanto á la costa de Coromandel y de Bengala, la conocían vagamente bajo el nombre de *Mahbar*; y aun que



YAP (CAROLINAS).—VIVIENDAS DE LOS NATURALES

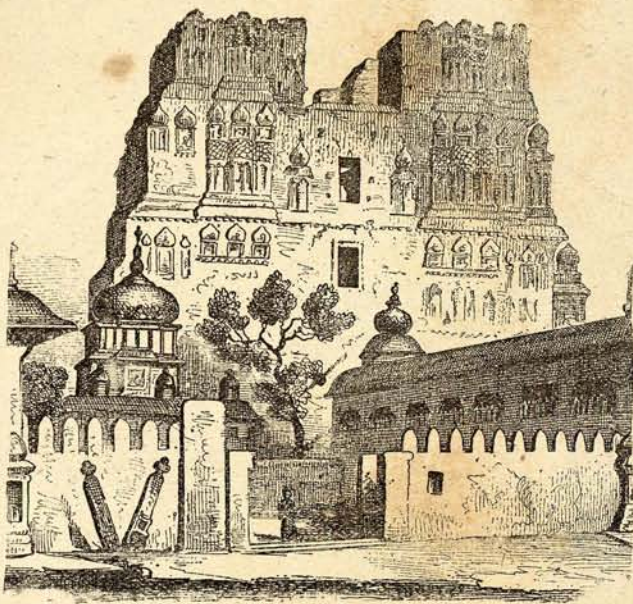
los dos viajeros de Renaudot hacen mención de un reino de *Zapaga* que terminaba en Comor, y cuyos soberanos tenían el nombre de *mehrage*, no sabemos si por él puede entenderse el título de *maha-rajah* que llevaban en lo antiguo los príncipes mahratas, porque, sobre ser muy poco cierta la semejanza de los nombres, no está determinada con harta exactitud la situación del reino de Zapaga. Tampoco pueden reconocerse mucho otros reinos antiguos, colocados en aquella costa, como los de *Tafex*, de *Hitrage* y de *Mugat*; y acaso sería muy temerario

asegurar que la grande isla de *Malai* de Edrisi es la península de Malaca.

Pero no existe la menor duda de que bajo el nombre de *Lamery*, confundido con el de Ramani, entendían los árabes la isla de Sumatra. Las producciones de *Lamery*, como el alcanfor, palo tintóreo, el oro, marfil etc., son las que actualmente se extraen de Sumatra; y el nombre de *Lambry* ó *Jambea* existía aún en tiempo de Marco Polo y de Mandeville. Este último hace mención de una isla de *Lamery*, que está junto á otra denominada *Sumabar* ó Sumatra. Ribeiro coloca en su ma-

pamundi, construído en 1529, un reino de Lambry en la isla de Sumatra. Marco Polo habla de un antiguo reino de *Fanfur*, situado en esta isla, y famoso en todo el oriente por la bondad de su alcanfor; y los árabes designan con este nombre una ciudad ó una isla abundante en ámbar, que colocan en las cercanías de Java. Tampoco desconoce Edrisi la

actual denominación de Sumatra, ó al menos otra que sólo es una variante de ella, como que la llama *Soborna*, que es uno de los muchos nombres que le atribuyen los árabes y los escritores de la edad media. Entonces eran sus habitantes todavía salvajes y aun antropófagos (así lo halló en el siglo décimocuarto Oderico de Portenau); y á los extranjeros



que aportaban en sus costas les vendían esclavos que hacían engordar. Java ó *Al Djauah* era ya conocida de los árabes como una isla abundante en especias, aunque removida por sus volcanes, que en los siglos décimoséptimo y décimooctavo han renovado sus estragos. Muy confusas son las indicaciones que dieron los geógrafos árabes sobre las islas situadas más al este, y descubiertas posteriormente por los portugueses y los holandeses; puesto que las descripciones que de ellas hacen, los nombres que les atribuyen y las fábulas que refieren, no

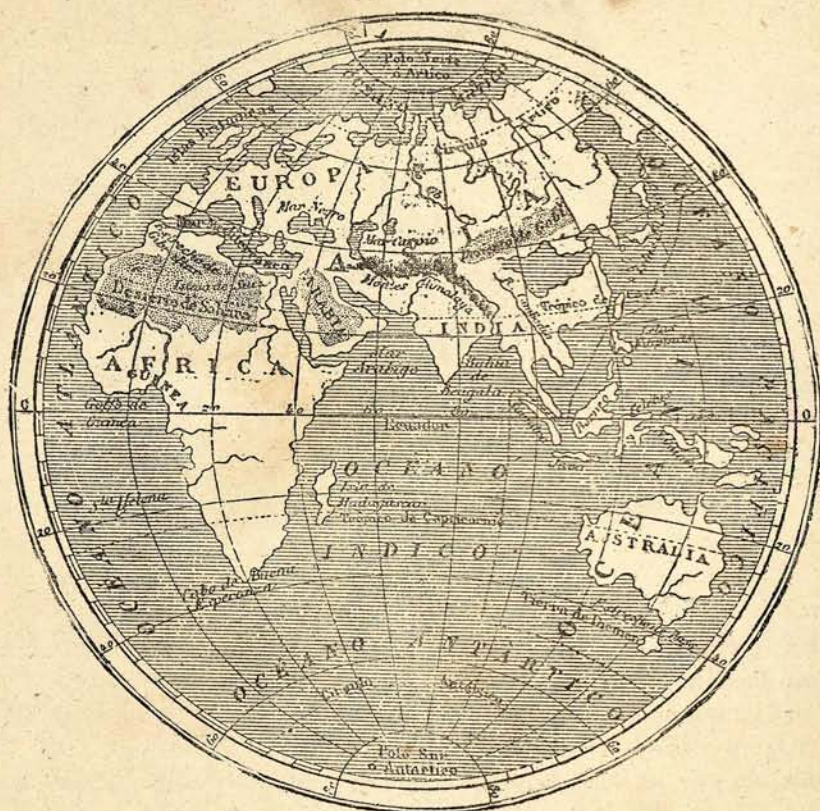
pueden aplicarse con certeza á una de dichas islas con preferencia á otra: sabían, además, que en aquellas aguas existía el país de las especias. Muy poco tiempo antes de la llegada de los portugueses á las Molucas, algunos colonos árabes acababan de establecerse é introducir su religión y su comercio en Tidor y en Ternate. Su lenguaje, su religión y su manera de ser, se encuentran nuevamente en Mindanao, en las Filipinas, y acaso también en las islas Carolinas.

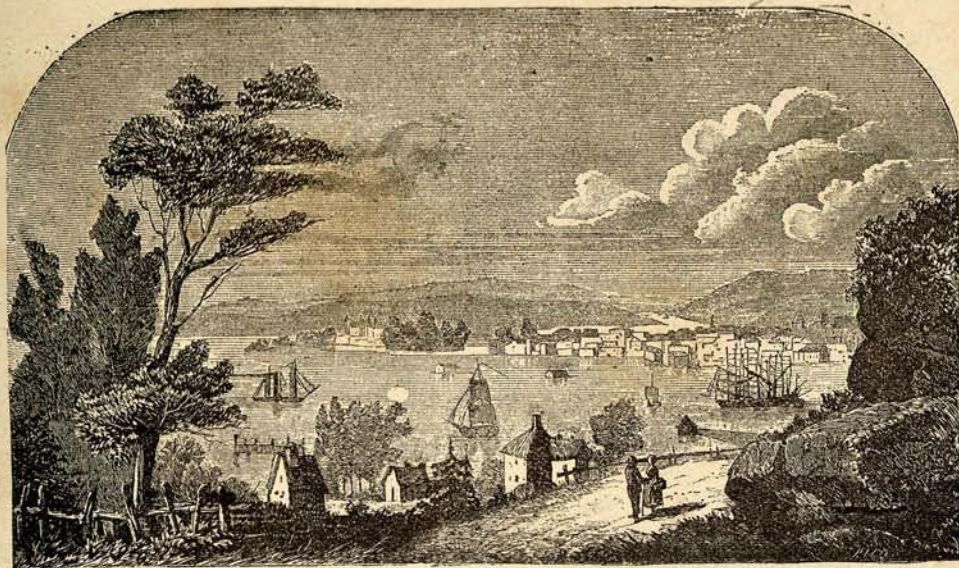
Indudablemente fueron descubiertas y pobladas todas aquellas tierras por los

malayós, los chinos y los japoneses, antes que ninguna embarcación árabe buscara las aguas del Oceano oriental. ¿A cuántas conjeturas no pueden dar lugar los nombres persas de *Oromazes* y de *Arimanio*, mezclados con los de las deidades de Otaiti? Pero los acontecimientos que la noche de los siglos sustrae á un

examen crítico no deben figurar ciertamente en un compendio histórico (1).

(1) Puede consultarse, para la historia de la geografía de los árabes, la *Introducción general de la geografía de los orientales* de Mr. Renaud en su traducción de la geografía de Aboul-Feda, y la obra de Mr. Am. Sedillot intitulada: *Memoria acerca de los sistemas geográficos de los griegos y de los árabes*: 1842.





LIBRO DÉCIMOSEXTO

Viajes y descubrimientos de los normandos ó escandinavos.—Primer descubrimiento de América.
—Discusión de las relaciones de los hermanos Zeni.—Año 800-1380.

QUIENTRAS el pueblo de Mahoma extendía sus excursiones victoriosas hasta los términos del oriente, el pueblo de Odino, agitado constantemente de un heroísmo fanático, continuaba aquellas emigraciones que por tantos siglos habían conmovido á la Europa. Salen de nuevo á la escena los hermanos de los godos, de los hérulos y de los anglo-sajones bajo los nombres de *normandos*, de *waregos*, de *ostmenos* y de otros; mas, al verse atajados en el centro de Europa por los reyes de Alemania y Francia, era natural que los escandinavos escogieran los mares como principal teatro de sus nuevas excursiones.

Después del siglo IX salieron de entre aquellos piratas algunos geógrafos ins-

truídos y navegantes ávidos de descubrimientos. La memoria de los servicios que han prestado á la geografía nos ha sido conservada por el rey Alfredo, por Adán de Brema, por el *Heims-Kringla*, que es una obra histórica de Snorrón, escrita en el siglo XII; por otras varias crónicas islandesas, y por el mapa de los dos hermanos Zeni; pero la descripción más antigua como la más clara y exacta de los países del norte de Europa es la que de ellos trazó el rey Alfredo, que reinó desde 872 hasta 900. En su traducción anglo-sajona de Orosio, el Rey de Inglaterra insertó un extracto de dos relaciones escandinavas siendo la primera la del noruego *Otero*, que narraba sus viajes desde *Hologalandia*, en Noruega, hasta la Biarmia, situada al este del mar

Blanco, y en seguida las costas noruegas y danesas por el Sund hasta la ciudad de *Heto* ó *Esleswick*; por último describía la Suecia, la Noruega y *Queenlandia* ó la Ostro-Botnia, y además hablaba de un puerto de *Sciringas-Heal*, sobre cuya situación están discordes sus comentadores. La segunda es la del danés *Wulfstan*, que explica un viaje desde *Esles-*



CHALUPA REAL DE LOS BIRMANOS

wick hasta *Truso*, que es una ciudad mercantil situada en el territorio de *Estum* ó Prusia.

Alfredo incluye en la Escandinavia los siguientes países: Biarmia, Finnmarkia, Queenlandia, Gotia, Suecia, Noruega y Dinamarca. El nombre genérico más antiguo para designar todas las comarcas de Escandinavia habitadas por godos ha sido, al parecer, el de *Mannaheim*, es decir, patria de los hombres.

La Noruega ó *Northmannalandia* consistía en la costa occidental de Escandinavia, desde el río de Gotha hasta Halogalandia. Las costas meridionales llevaban el nombre de *Viken*, es decir, el golfo, que es donde se ha de buscar la ciudad de *Kiningsheal*, el Kuguillo moderno, denominada *Scyringesheal* por un error de copia.

La Finnamarquia ó el *Finnmærk* es la Laponia actual, cuyos habitantes tenían

fama de brujos. Habiendo traspuesto aquella extremidad de Europa, entró Otero en el gran golfo llamado á la sazón *Quen-Sia*, mar de los quenios ó *Gandvik*, y en la actualidad mar Blanco; y en seguida visitó la *Biarmia* ó *Pernia*, que es la costa habitada por los samoyedos, á lo largo del mar Blanco y cerca de la desembocadura del Dvina. Los permios ó biarmios, pueblos de la raza finnesa ó escítica, se extendían hasta los búlgaros, hacia las fuentes del Volga, y se enriquecían con el comercio de peletería, y acaso también con las minas del Ural. Los príncipes noruegos asolaban frecuentemente aquellas comarcas.

Los nombres de *quenios* y de *Queenlandia* son muy parecidos á la voz gótica que significa *mujer*, y por esto todos los escritores de la edad media creyeron que en el extremo septentrional existía un reino de amazonas. Extendíanse los *quenios* desde el mar Blanco hasta el oeste del golfo Bótnico, aunque también llegaron á la frontera de Noruega. Aquellos países están en la actualidad muy poco habitados; mas á la sazón no eran otra cosa que desiertos llenos de espesísimas selvas.

Suecia ó *Sueconia* tenía entonces límites mucho más reducidos que en nuestros días; mas no debe deducirse del silencio de Alfredo que aquella comarca fuera un desierto inhabitado, porque Otero y *Wulfstan* no habían viajado hasta ella. El testimonio de Tácito, que está de acuerdo con los historiadores islandeses, induce á creer que ya en el primer siglo, y acaso antes, los *esviones* ó *esviar* formaban una nación poderosa y más civilizada que las tribus de Germania. El Herodoto del norte explica además el oscuro pasaje donde Tácito habla de los *sitones*, diciendo que una parte de *Uplandia*, el país de los *up-sviar*, es decir, la Suecia alta, formaba un estado particu-

lar que tomaba de su capital el nombre de Sigtun.

Limitándose Alfredo á los países visitados por Otero, no pudo mentar sino la Escania, *Schoneg*; la Blekingia, *Becinga-Eg*; *Meore*, que probablemente es una parte de Esmolandia; y las islas de Elandia y Gotlandia. Adán de Brema, que escribía doscientos años después, hace mención de Ostragotia y de Vestrogotia, conocida ya de Jornandes, sin olvidarse de Vermelandia y de las ciudades de Birca, Sigtuna y Escara; siendo el primero que ha citado la *Helsingia*, que, si bien había estado desierta largo tiempo, tal vez en alguna época desconocida había sido la mansión de los *hunos* escandinavos. Los nombres de las otras provincias de Suecia son más recientes. El reino de Dinamarca llevaba ya su nombre, y comprendía las islas de Selandia ó *Sillanda*, de Langelandia, Lalandia, Falster y otras, como también la Jutlandia, donde había la ciudad de Esleswik, célebre bajo el nombre de *Hætho*.

Todas las relaciones acerca de la Escandinavia, desde el siglo de Piteas hasta el de Alfredo, contienen nombres godos. Además, la mitología escandinava, conservada en el Edda, ofrece circunstancias físicas que están en armonía con la naturaleza de los países septentrionales y de los usos tomados en la vida de un pueblo guerrero y navegante. Ora es un Dios que inventa el arte de correr patines, ora es un semidiós, cuyo cadáver es quemado en un navío arrojado al agua; y aun en el mismo Valhall el estruendo de las armas alterna con el bullicio de los festines, y en la mesa de Odino hay aguamiel en vez de néctar. Todo este conjunto de antigüedades escandinavas, así poéticas como históricas, demuestran con la geografía, que estuvo desde los tiempos más remotos, la Escandinavia propiamente dicha, sujeta á un solo pueblo.

Pero al este de la tierra hereditaria de los godos vagaban, sin embargo, las tribus nómadas de los escitas y de los sármatas. Las empresas de los escandinavos suministraron á los siglos X y XI algunas noticias positivas sobre aquellas naciones; y, así como hemos seguido á Otero y á Alfredo á las apartadas regiones de los permios, sigamos ahora á nuevos guías para conocer los países bañados por el mar Báltico.

Hasta el año 1157 la Finlandia no fué otra cosa que asilo de salvajes piratas, denominados *finneses* y *kyriales*. Ya en el siglo VI los finneses, que en el primero se hallaban establecidos en la Polonia moderna, según hemos visto, estaban en posesión del país que ha conservado su nombre, y aun parece que algunas colonias finnesas penetraron hasta en algunas comarcas de Escandinavia. En el siglo X y XI llamaban *Kyriala Botn* al golfo de Finlandia, que era una de las playas más concurridas por los piratas escandinavos. A fines del siglo XII los suecos abrazaron el cristianismo y sometieron las costas de Finlandia; mas durante este intervalo se edificó en la parte meridional del país la ciudad de Abo, llamada en finnés *Turku*, de la voz sueca *Torg*, que significa plaza ó mercado. Adán de Brema ha colocado *turcos* en Finlandia. También fueron edificadas Tavastehus y Viborg. El mar Báltico, llamado por los escandinavos *Austur-Saltr*, es decir, agua salada del este, era el teatro á donde se lanzaba de ordinario una juventud ganosa de combates y pillaje. La costa meridional y la oriental de aquel mar llevaron los nombres escandinavos de *Austurveg*, camino de este, de *Eytslandia*, comarca de este, y otros semejantes; pero creemos que las palabras *Epigia* y *Osericta*, por mejor decir, *Esthia* y *Osterika*, que se leen en Plinio, son modificaciones de aquellos nombres es-

candinavos, seguramente muy antiguos. Como quiera, las primeras relaciones entre Escandinavia y las regiones orientales de Europa quedan envueltas en la noche de los tiempos. Verdad es que Eginardo escribió el primero una descripción del mar Báltico; pero, no conociendo su extremidad oriental, se contenta con nombrar los pueblos de más cuenta. Más completa fué la descripción que de él suministró al rey Alfredo el danés Wulfstan, contemporáneo de Otero; como que señala en particular las islas más considerables, y, además de las que llevamos mencionadas, indica la isla de Bornholm bajo el nombre de *Burgendalandia*, nombre que los escandinavos traducían con más frecuencia por *Borgundar-Holm*, y que recuerda de un modo muy notable á los *burgundos* ó *burguñones*, que eran pueblos antiguamente vecinos á los gotones en las orillas del Vístula. Dicho autor presenta la desembocadura de este río como el punto que separa de las comarcas de los estios la *Weonodlandia*, ó país de los vendas; pero todavía no conoce á *Jumma* ó *Vineta*, que era una famosa república fundada cien años después por Palnatoke, sometida unas veces á los normandos y otras veces á los vendas, y destruída finalmente por el arzobispo Absalón.

La primera descripción exacta y circunstanciada de Prusia se debe á los normandos, aunque no hicieron mención del ámbar amarillo que en ella tanto abunda. Wulfstan mienta la Prusia bajo el nombre de *Wilandia*, del que se ven indicios en los *vidioarios* de Jornandes, en los *vitios* del geógrafo de Rávena, y en el nombre que llevaba todavía en el siglo XIII una parte de Samlandia. Los escandinavos daban generalmente el epíteto de estios á todos los pueblos que habitaban en el este, al oriente del Vístula. Wulfstan encontró en el país de los

estios una ciudad llamada *Truso*, probablemente en el lago Drausen, á corta distancia de Elbing. Este navegante nos dice que los estios bebían kumis, ó leche de yegua; que en invierno no daban sepultura á los muertos, costumbre que observaban todavía los rusos á fines del siglo décimosexto; y que no dejaban su herencia á su pariente más próximo, sino al mejor jinete de su tribu. Los escritores islandeses del siglo undécimo ó duodécimo conocían la *Ermelandia*, que es una provincia de Prusia, designada también bajo el nombre de *Ormalandia*, y cuyos habitantes son apellidados *ormoios* y *wermianos*. Detrás de estas comarcas colocaba Alfredo la *Wislandia* ó el país del Vístula, que en las sagas lleva el nombre de *Pulinalandia* ó Polonia. A mayor distancia los escandinavos, como hemos visto, echaron los cimientos del imperio ruso, de que hablan las sagas muy á menudo, llamándole *Gardarika*, es decir, el imperio de la *ciudad*. Era esta ciudad la célebre Noygorod, denominada por los escandinavos *Holmgard* y *Austurgard*, cuyo puerto, situado en el golfo de Finlandia, llevaba el nombre de *Aldeiguborg*. Los variegos-rusos y los otros escandinavos estuvieron mucho tiempo en relaciones muy íntimas, y por esto las sagas tienen conocimiento de los estados formados en Rusia por las diversas ramas de la familia de Rurik, como *Kienugard* ó Kielf, *Paltieskia* ó Polóez, *Muramar* ó Murom, *Sursdal* ó Susdal, y otros.

Desde el siglo IX los navegantes escandinavos, conocidos bajo el nombre de normandos y de osmandos, visitaron las islas y las costas más remotas del mar del Norte, que hasta entonces habían quedado ignoradas, ó por lo menos poco concurridas. Vamos á hablar de ellas, aunque bajo un orden menos cronológico que geográfico.

La Irlanda, situada á gran distancia de su patria, fué descubierta de muy antiguo, según sus escritores, y aun hay quien dice que desde fines del siglo VII. La etimología del término con que en la lengua del país se designa un extranjero, *danair* ó danés, confirma el aserto de los que dicen que ningún extranjero, había visitado á los irlandeses del norte antes de la llegada de los escandinavos. Los escandinavos, llamados aquí *osmandos* ú hombres de este, formaron en aquella isla los reinos de Dublin, de Ulster y de Connaught, que por mucho tiempo les pagaron tributo, y que al cabo fueron sometidos por los ingleses en 1171, lo mismo que los antiguos habitantes. Dicen, además, las crónicas antiguas, que en el siglo IX los normandos hallaron al oeste de Irlanda una tierra muy considerable llamada Grande Irlanda, ó país de los hombres blancos; pero los críticos más autorizados clasifican este descubrimiento entre las tradiciones fabulosas. Los descendientes de los escandinavos se conservaron mucho tiempo en las cercanías de Dublin sin mezclarse con los indígenas.

Por los años de 964 ocuparon los normandos las islas de Shetlandia, *Jetlandia* ó *Hialtlandia*, que durante algún tiempo formaron parte del condado de las Orcadas. Los filibusteros normandos dieron también á conocer estas últimas islas, confundidas con harta frecuencia con la de Thula, de las que expulsaron y exterminaron á los antiguos habitantes, llamados *petos* y *papa*, que probablemente son los *pictos* de los escritores romanos. Asimismo parece que los irlandeses daban á toda la Escocia el nombre de *Pettolandia*; pero el origen escandinavo de los *pictos* ó *petos*, aunque sumamente verosímil, se refiere á siglos muy remotos, de que la historia no da claros indicios.

La provincia de Caithness, que es la más septentrional de Escocia, formaba un estado muy poco conocido, pero del cual se conservan algunos recuerdos en los cantos atribuidos á Osián. Este estado, que estuvo muchas veces unido á las Orcadas, y cuyos soberanos extendieron sus conquistas á las provincias vecinas de Suterlandia y de Ross, y aun hasta la de Fife, fué destruido en 1195 por Guillermo, Rey de Escocia; pero su memoria existe todavía en la tradición del país, lo mismo que la de los normandos, sus fundadores, á quienes se atribuyen todos los monumentos cuyos escombros se descubren en aquellas agrestes montañas.

Los normandos conquistaron en 893 las islas Hebudas de los antiguos, situadas á lo largo de la costa occidental de Escocia, y que llevaron el nombre de *Suder-Eyar*, islas meridionales con respecto á las Orcadas y al país de Caithness. Es posible que formaran parte del reino de Man; pero hasta 1266 fueron, lo mismo que la península de Cantira, una dependencia de Noruega.

La audacia ó la casualidad condujo por los años de 861 un buque escandinavo á las islas *Feroe*, cuyo remoto archipiélago anunciaba al parecer la existencia de otras tierras, confirmada también por el vuelo de los cuervos. En el espacio intermedio de 860 á 872, tres navegantes visitaron la *Islandia*, isla muy célebre por los manuscritos que en ella se han conservado, por los servicios que han prestado sus habitantes á la historia del norte, y por el número de descripciones geográficas que de ella se han hecho. Los primeros navegantes escandinavos indicaron la verdadera circunferencia de Islandia de una manera conforme con las modernas observaciones de los astrónomos franceses: en siete días, decían, se puede dar la vuelta al país,



siendo la circunferencia de 168 *vikur* ó leguas de 15 al grado.

La *Groenlandia*, grande isla ó península separada de la América septentrional por el estrecho de Davis y el mar Báltico, fué descubierta, según la mayor parte de las crónicas, en 982, y poblada en 986; aunque, según otras, lo fué ya en 932. El primero que en ella se estableció fué el islandés *Erico Rauda*, ó el Rojo, á quien se atribuye su descubrimiento; aunque muchos han sostenido que, algún tiempo antes de dicha época, no sólo era conocido ya este país, sino también la Islandia. Verdad es que de ella se hace mención en un privilegio otorgado á la iglesia de Hamburgo por Ludovico Pío en 834; pero es de temer que estos documentos hayan sufrido alguna interpolación; porque, aun suponiendo que Islandia y Groenlandia fueran descubiertas en aquella época, sería ridículo creer que los misioneros hubiesen ya difundido en ella la luz de la religión cristiana. Sin duda la iglesia de Hamburgo quiso arrogarse algunos derechos sobre aquel país, y un piadoso fraude ha corregido el documento de que se trata. Hasta el año 1418 los colonos noruegos establecidos en el país tuvieron sus obispos, y pagaron á la Santa Sede 2,600 libras de dientes de morsa en concepto de diezmo y dinero de san Pedro. Habíanse construído en ella dos ciudades, á saber: *Garda* y *Hrattalid*; pero los establecimientos de los islandeses no eran mucho más sólidos que lo han sido posteriormente los de los daneses en la costa occidental, ó los de los ingleses en la bahía de Hudson, ya que no se iba á Groenlandia con tanta frecuencia ni de una manera tan seguida como á las otras colonias del norte. Cinco años se empleaban á veces en ir y volver; de suerte que en 1383 un buque procedente de Noruega trajo á este país la primera

noticia de la muerte del arzobispo de Groenlandia, que hacía seis años que había fallecido. Puede decirse que sólo emprendía aquellos viajes alguno que otro aventurero muy osado; y así es que Groenlandia se consideraba como el país de los prodigios, y se contaban acerca del mismo las fábulas más increíbles. Por ejemplo, según Torfæo, un tal Hellur-Geit, seguido de una cabra, fué de Noruega á Groenlandia por encima del hielo. Había unos bosques muy grandes, cuyos árboles producían bellotas tamañas como manzanas, y en ellos se daba caza á los osos marinos. En el mar de las cercanías se veían gigantes marinos de ambos sexos, y rocas de hielo tan maravillosas como las que habían encontrado los argonautas á la entrada del mar Negro. Lo que de ellas da una idea más exacta es el libro islandés titulado *Espejo de los reyes*. La Groenlandia antigua no difería casi en nada de la moderna: aun en el corazón del estío, la costa se hallaba rodeada de montañas de hielo tan enormes, cual nunca las vieran los noruegos en su patria. Los colonos establecidos en aquella península no conocían el pan, ni ejercían la agricultura: todo su comercio consistía en permutar dientes de morsa y pieles de becerros marinos por la madera que necesitaban para calentarse, como también para construir habitaciones. Verdad es que tenían ganado mayor y ovejas, al paso que los colonos actuales, menos industriosos, sólo poseen las últimas. La costa estaba únicamente habitada en los puntos en que abundaba la pesca: el interior del país, cuajado de montañas y de valles cubiertos de nieve y de hielo, no ofrecía un acceso menos difícil que en la actualidad. Tan poco considerable era el número de los colonos, que apenas igualaba un tercio del de una parroquia grande de Noruega; y si se les había da-

do un obispo, era en razón de su gran distancia de la madre patria. La colonia escandinava de Groenlandia estaba dividida en dos comarcas: la una occidental, que sólo contenía cuatro iglesias, y la otra oriental, en donde existían las dos ciudades, ó, por mejor decir, aldeas; mas esta división ha dado margen á un error geográfico muy grave, porque ha inducido á creer que la comarca oriental de la antigua Groelandia ocupaba la costa opuesta á Islandia; y aplicando á unas regiones todavía desconocidas las descripciones del *Austurbygd*, ó de la Groenlandia oriental, se han trazado en ella varios golfos y promontorios hipotéticos, que acaso no existen siquiera. Ya el crítico moderno Eggers ha rebatido esta geografía sistemática de Torfæo y de otros islandeses, cuyas razones han sido confirmadas por los trabajos de M. Ratn y otros sabios daneses.

Examinando las relaciones de los primeros navegantes, se ve que al salir de Islandia para ir á Groenlandia se dirigían al sudoeste, evitaban una costa rodeada de hielos y observada por el mencionado Gumbiorn, doblaban la punta de *Hvarf*, y en seguida llevaban el rumbo hacia el noroeste para llegar á la colonia. Cuando salía de Bergen, en Noruega, para ir á dicha punta de *Hvarf*, navegaban directamente al oeste, reconocían las islas Setlandia y Feroe, y veían llegar de Islandia algunos pájaros. El que siga estos dos rumbos en el mapa, se convencerá de que la punta de *Hvarf* es la extremidad meridional de Groenlandia; y así la antigua Groenlandia oriental no hubiera sido más que la parte más oriental y la más meridional de la costa de oeste. Con efecto, allí es solamente donde se ve durante el mes de junio un magnífico verdor, algunos sotos de abedules, y el perfume de las flores, que acreditan el nombre de *Tierra verde*, que es lo que

significa la palabra *Groenlandia* con que los islandeses designaron los primeros aquella comarca. Los más atrevidos piratas han debido cejar en todos tiempos ante los hielos acumulados algo más arriba por el doble efecto de la corriente *Polacia* y de la llamada del *Golfo*. Finalmente, las ruinas de las antiguas aldeas y de las iglesias edificadas por los normandos ponen el último sello á esta explicación. Del lado del sudoeste se han encontrado muchas y descubiertas hasta siete iglesias; y al norte del cabo de Desolación, después de un trecho desprovisto enteramente de ruinas, se han observado otras, aunque en corto número. Estas dos series de ruinas arguyen, sin duda, los solares de dos colonias escandinavas.

La gran peste que á mediados del siglo XIV desoló la Europa, cebándose especialmente en la población del norte, llevó sus estados hasta Groenlandia. En seguida el comercio con esta colonia pasó á ser un derecho de regalía de los reinos de Noruega. En 1418 se agregó á esta causa de decadencia una invasión enemiga: una escuadra, cuya procedencia se ignora, fué á atacar la colonia ya extenuada, y la pasó toda á sangre y fuego. Es probable que dicha escuadra pertenecía al príncipe *Zichmni* de Frislandia, de quien hablaremos al exponer los viajes de los hermanos Zeni.

Estas investigaciones acerca de la verdadera situación de las colonias escandinavas en Groenlandia encierran una cuestión mucho más interesante, á saber, si los normandos descubrieron las Américas antes que Cristóbal Colón. Creemos que no se podrá dejar de responder afirmativamente y sin vacilación, en cuanto se hayan leído los siguientes detalles.

En el año 1001, yendo el islandés Biorn en busca de su padre á Groenlandia, fué arrojado por una tempestad á mucha

distancia y en dirección al sudoeste. De repente descubre una tierra llana y selvática, y, volviendo por el nordeste al lugar de su destino, refiere lo sucedido en términos que inflama la ambición de Leif, hijo de aquel Erico Rauda que había fundado los establecimientos de Groenlandia. Apréstase un navío, Leif y Biorn parten juntos, y llegan á la costa que el último había observado; preséntase una isla peñascosa, y la llaman *Hellelandia*, al paso que una tierra baja, arenosa y cubierta de bosque recibe el nombre de *Marklandia*. Dos días después encuentran una nueva costa, al norte de la cual se extendía una isla; remontan un río cuyas márgenes estaban atestadas de matorrales que producen muy sabrosos frutos; y como que la tierra parecía fértil, el río abundaba en pesca, especialmente en buenos salmones, y la temperatura del aire era bastante suave, nuestros groenlandeses resolvieron invernar en un lago de donde salía el río. Observaron los viajeros que en el día más corto el Sol permanecía ocho horas en el horizonte; lo cual prueba que aquella comarca estaba situada, con corta diferencia, á los cuarenta y nueve grados de latitud. Un alemán, que era de la expedición, encontró uvas silvestres y explicó su uso á los navegantes escandinavos, que con este motivo llamaron al país *Vinlandia*, es decir, país del vino. Los parientes de Leif hicieron muchos viajes á Vinlandia. Durante el tercer estío los normandos vieron llegar en unos buques de cuero algunos indígenas de baja estatura, que llamaron *skrelingas*, es decir, enanos; y, habiéndolos pasado á degüello, fueron atacados por toda la tribu á la cual habían tan escandalosamente ultrajado. Algunos años después la colonia escandinava hacía comercio con los naturales del país, que le suministraban en abundancia magníficas pieles. Habien-

do uno de ellos encontrado el medio de apoderarse de un hacha de armas, probóla desde luego en uno de sus paisanos, y le dejó muerto en el sitio; mas otro salvaje se apoderó de aquel arma funesta y la echó al agua. Este comercio enriqueció á algunos hombres de carácter emprendedor, por cuyo motivo muchos otros siguieron su ejemplo; aunque no existe ningún testimonio positivo que indique que aquellos navegantes fundaran establecimientos permanentes, y si tan sólo se sabe que en 1121 un obispo llamado Erico fué de Groenlandia á Vinlandia con objeto de convertir al cristianismo á sus compatriotas, paganos todavía.

Dudar de la veracidad de unas relaciones tan sencillas y verosímiles sería extremar el escepticismo, pero es imposible admitirlas sin buscar la Vinlandia en las costas de la *América septentrional*. Así es que hubo europeos que descubrieron aquella parte del mundo cinco siglos antes que Cristóbal Colón; y es muy posible que este descubrimiento, el primero que ha sido históricamente demostrado, no fuera desconocido enteramente del intrépido é ingenioso genovés, que supo abrir por vez primera entre ambos hemisferios una comunicación no interrumpida.

Prescindiendo de un viaje dudoso que por los años 1170 se atribuía á *Madoc-af-Owen*, poseemos los documentos auténticos de las navegaciones verificadas en el siglo XIV por los dos *Zeni*; nobles venecianos que, habiendo entrado en 1380 al servicio de un príncipe de las islas Feroe y Setlandia, visitaron de nuevo las comarcas descubiertas por los escandinavos, ó por lo menos recogieron de ellas una descripción que á través de muchas oscuridades confirma las relaciones islandesas que no debió desconocer Colón.

Esta aserción necesita en verdad ser

demostrada; pero las pruebas sólo pueden tomarse del *mapa de las navegaciones* de los dos Zeni, y de la relación de aquellos viajes, publicados por primera vez en Venecia, en 1558, por un descendiente de Nicolás Zeno, copiados posteriormente en una multitud de obras, y comentados en muchos sentidos. Hé aquí los pormenores que creemos suficientes á esclarecer la opinión de nuestros lectores.

El mapa de las dos Zeni, copiado de una antigua lámina grabada sobre madera, ofrece, aunque con una graduación muy grosera, los siguientes países. Al mediodía, y del lado del este, se ve á *Scocia*, Escocia; al sudeste hay *Dania*, Dinamarca, cuya forma es muy notable por su exactitud si se tiene en cuenta las circunstancias de aquel siglo, como que se reconocen todos los puntos de la costa occidental de Judlandia, las islas de *Amare* ó Amro, *Salt* ó Sylt, y así sin interrupción alguna hasta la punta de Bovenbergen, que está designada con el nombre de *Bomienbergen*; al este se ve á *Gocia*, la Gotia, y á *Succia*; de manera que las costas, aunque sin pormenores especiales, ofrecen contornos bastante exactos. Sin embargo, todas las posiciones están demasiado al norte, puesto que Noruega, *Norvegia*, comienza en los sesenta y cuatro grados. El cabo Lindenes, ó Der-Neus, lleva el nombre de *Geranes*. Reconócese á Bergen en *Per-gen*, á Trondhiem en *Trondo*, y la isla de Tromsøe en *Trons*; el cabo *Stat* está designado con su nombre, y hasta se hallan aldeas insignificantes, como *Gasem-del* ó Giesdal. Al oeste de Noruega se ve un archipiélago denominado *Estlandia*, compuesto de una isla grande y una porción de pequeñas. La situación y las palabras *Sumbercuit* ó cabo de Sumburg, *San Magno*, bahía de San Magno; *Bris-tund*, Bressa-Sund; *Scalogui*, Scallowag; y algunas otras; demuestran que aquel

grupo del mapa de Zeno representa las islas Setlandia, llamadas por los noruegos *Ietlandia*, *Hiattelandia* é *Hitlandia*. El mapa da también el nombre de *Itlandia* á un islote de aquel archipiélago. No es menos evidente la situación de Islandia, de manera que en *Scalodin* y *Olensis* se reconocen las aldeas de Scalholt y de Hola, cuyo último nombre es indudablemente una abreviación de estas palabras: *Olensis episcopi sedes*. La parte oriental de Islandia, cortada por muchos y profundos golfos, está representada como una reunión de islas.

Hasta aquí todo se explica naturalmente: ahora vienen las dificultades. Al mediodía de Islandia y al nordeste de Escocia, entre los 61 y 65 grados de latitud, se ve una grande isla rodeada de de muchas pequeñas. Esta tierra, denominada *Frislandia*, pertenecía al Rey de Noruega; pero se la arrebató un príncipe llamado *Zichmni* ó *Zicno*, que, á la manera de los antiguos héroes normandos, cifraba su poder y su gloria en las campañas marítimas, por no decir excursiones piratescas. La vida de Cristóbal Colón hace mención de esta isla de *Frislandia* en términos que inducen á dudar si el inmortal navegante la visitó en 1477, ó si había llevado el rumbo en dirección á Islandia: lo cierto es que muchos autores del siglo XVI la copiaron con arreglo al mapa de Zeno. El navegante inglés Forbisher, que se dirigía por el mapa de Zeno, creyó también haberla encontrado á veintiséis grados oeste de las Orcadas; pero parece ya demostrado que lo que tomó por *Frislandia* era la punta meridional de Groenlandia, al paso que aplicó el nombre de Groenlandia á las islas situadas al norte de la tierra de Labrador.

Cuando los viajes modernos hubieron demostrado, repetidas veces, que en el punto indicado por Zeno no existía tie-

rra alguna, dividiéronse los geógrafos en opiniones relativas á la Frislandia. Ya Ortelio había sostenido, que dicha tierra era una parte de la América septentrional, especialmente de la Nueva Inglaterra, cuyo nombre se extendía á la sazón hasta las cercanías de Terranova. Es probable que Cluver se refiere á este pasaje de Ortelio cuando habla de Frislandia como de un país sujeto al Rey de Inglaterra. Otros supusieron que Frislandia había acabado por sumergirse, y que la isleta de *Bus* ó de *Bry*, situada al sur de Islandia, era un resto de aquélla; y no faltaron algunos que calificaron de fabulosa la existencia de Frislandia, y aun todo el viaje de Zeno.

Un francés y un danés han dado con una nueva explicación, pareciendo haber encontrado la verdad por dos vías diferentes. Mr. Bauche ha probado que la situación geográfica de Frislandia corresponde á la del archipiélago de las islas de Feroe. Zeno dice expresamente que las islas de Estlandia ó Setlandia se hallaban entre Noruega y Frislandia; pero la distancia de veinte días de navegación entre esta última tierra y el cabo meridional de *Engronelandia*, ó Groenlandia, valuada en veinte leguas marinas por día, nos conduce á las islas Feroe, cuya latitud corresponde á la de Frislandia. Mr. Eggers se ha empeñado en demostrar la identidad de los nombres, como *Monaco* ó el Monge, que es una roca situada al sur de aquel archipiélago; *Sorand* ó *Sorrey* por *Suderveyan*, la isla más meridional; *Sudero-golfo*, que aun en la actualidad lleva el nombre de estrecho de Suderoe; *Andeford* ó *Andefjord*, bahía de los patos, y otras semejanzas menos palmarias. Si á estas razones añadimos que, al citar todas las posesiones del Rey de Noruega atacadas por Zichmni, pasa Zeno en silencio el archipiélago de Feroe, y que por otra parte

ningún escritor islandés conoce la Frislandia, se hace sumamente verosímil la identidad de estas dos comarcas, designadas con dos nombres diferentes. Si el mapa de Zeno supone tan extensa la isla principal, consiste seguramente en que el dibujo original se hallaba muy deteriorado cuando le copiaron, y sólo ofrecía una confusa imagen de los canales que separan las islas de Feroe; fuera de que son muy comunes en los mapas de la edad media las exageraciones de esta naturaleza. Por lo que hace al nombre de Frislandia, que Frobisher y los autores ingleses escriben *Freeslandia*, parece ser una simple modificación del de *Fereysland* ó tierra de Feroe, denominación pleonástica sin duda, pero muy análoga á la índole de las lenguas escandinavas.

Según observa Forster, que por otra parte ha explicado malísimamente el viaje de Zeno, sería posible que el príncipe *Zichmni* ó *Zicno* de aquel viajero fuese uno de los condes *Sinclair*, que á fines del siglo XIV era dueño de las Orcadas.

Antes de hablar de las tierras descubiertas al sudeste de Frislandia, examinemos la parte superior del mapa.

Al norte de Islandia se ve una inmensa península parecida, por su configuración, á la Groenlandia, pero juntándose al norte con Noruega; aunque es muy cierto que la unión consiste únicamente en una línea vaga, donde el autor indica sus dudas por medio de las siguientes palabras: «*mare é terre incognite.*» Con todo, la relación dice muy explícitamente que Nicolás Zeno, yendo hacia el norte de Islandia, y probablemente hasta la Islandia oriental, halló una tierra denominada en el texto *Engruilandia*, pero que en el mapa lleva los dos nombres de *Engronelandt* y de *Grolandia*, situada la una al oeste y la otra al este. Ambos términos hacen memoria de Groenlandia; pero los nombres particulares no correspon-

den á los que se hallan consignados en las muy circunstanciadas topografías de los colonos escandinavos. El único sitio habitado que mienta la relación se parece un poco á un palacio de hadas, y esto es lo que sirve de argumento á los que califican de fabuloso todo el viaje.

En *Engruiliandia* según la relación, ó en *Grolandia* según el mapa, halló Zeno un monasterio de frailes predicadores, y una iglesia dedicada á santo Tomás, situada cerca de una montaña que vomitaba fuego como el Etna y el Vesubio.

«Hay,—dice,—en aquel sitio, un manantial de agua hirviendo con que los monjes calientan la iglesia, el monasterio y las celdas. Cuando llega á la cocina conserva todavía el agua un calor tan grande, que no se necesita fuego para aderezar los manjares. Para hacer pan basta con poner la masa en unos pucheros de cobre, y colocar estas vasijas en el agua; porque de esta manera el pan se cuece como si lo metieran en un horno. También hay en aquel monasterio unos jardinitos que en invierno se cubren; y para ponerlos al abrigo de la nieve y del frío, que en unos países situados tan cerca del polo es muy intenso, los riegan con aquella agua; por cuyo medio los monjes hacen germinar las flores, sazonar los frutos, y crecer gran diversidad de plantas que vegetan con tanta lozanía como si estuvieran en climas templados, de suerte que los groseros salvajes que viven en aquellas comarcas, no alcanzando unos efectos que consideran como sobrenaturales, respetan como á dioses á los monjes, los reverencian como á sus señores, y les llevan toda clase de presentes, como pollos, carne, etc. Los monjes, no sólo calientan sus casas hasta el grado que juzgan conveniente, sino que también, con sólo abrir las ventanas, disminuyen en un instante el calor á su capricho. Para las obras de su monasterio no em-

plean otros materiales que los que el volcán les depara; á cuyo objeto toman las piedras que salen del cráter de la montaña en forma de escorias ó carbón, y, aprovechando la oportunidad en que se hallan todavía candentes, vierten agua por encima. Por este medio las escorias se disuelven enteramente, y se convierten en una cal tan buena, que después de haber sido empleada se pega perfectamente, en términos que se conserva siempre. Cuando las escorias se han enfriado, sirven, en lugar de piedras, para construir paredes y bóvedas muy sólidas; porque, una vez enfriadas, estas materias no pueden descantillarse si no es con algún instrumento de hierro. Tan ligeras son las bóvedas hechas con aquellas escorias, que no hay necesidad de apoyo ninguno para sostenerlas, y se mantienen íntegras siempre. Aprovechándose de esta comodidad, los monjes han construído un número considerable de paredes y de obras de diferentes especies. La mayor parte de los techos y de las cimas de sus casas se hacen de la manera siguiente: primero se levanta perpendicularmente la pared hasta la altura que se quiere, y en seguida la van inclinando hasta que se cierra en bóveda. En aquel país no son tan frecuentes las lluvias como podría imaginarse, puesto que la primera nieve que cae permanece congelada por espacio de nueve meses, que es el tiempo que dura el invierno. El pueblo se sustenta de pájaros silvestres y pescados. El volcán arroja el agua caliente á una grande ensenada, y de este modo resulta que el mar no se hiela; cuya circunstancia atrae á aquel sitio un número tan considerable de peces y de pájaros, que los religiosos cogen cuantos necesitan, no sólo para su subsistencia, sino también para la de un gran número de habitantes del país, á quienes emplean continuamente así para

edificar, como para cazar y pescar, lo mismo que en otras varias obras y asuntos concernientes al monasterio. Sus casas están edificadas alrededor de la montaña: son redondas, tienen veinticinco pies de ancho y se elevan en forma de cono, en cuya cúspide practican una pequeña abertura para que penetre la luz ó el aire. El piso de la casa es tan caliente, que, por mucho que sea el frío que haga, no se le siente en el interior.

»En verano acuden á aquel sitio gran número de embarcaciones pequeñas de las islas vecinas y del cabo que hay más arriba de Noruega, como también de *Trondón* (ó *Drontheim*). Dichas embarcaciones van cargadas de toda clase de objetos de recreo ó de utilidad, destinados para los padres; los cuales, en cambio, dan pieles de diferentes animales y parte del pescado, que ponen á secar al sol ó que conservan por medio del frío. También reciben aquellos monjes leña para todo el año, utensilios de madera esculpidos con mucho ingenio con diferentes cereales, y paño para vestirse. El cambio de los dos últimos artículos, de que tienen necesidad todas las naciones vecinas, ayuda á los religiosos á procurarse sin dificultad y sin gasto ninguno todo cuanto pueden desear. Este monasterio es concurrido por algunos monjes de Noruega, de Suecia y de otros países, pero principalmente de Islandia; y allí se halla siempre en invierno un gran número de embarcaciones que no pueden salir, porque, estando el mar enteramente helado, tienen que esperar la vuelta de la primavera.

»Las barcas de los pescadores de *Engronelandia* tienen la forma de una lanzadera de tejedor, y su materia consiste en huesos de animales marinos, cubiertos con pieles de pescado cosidas en muchos dobles. Tan impermeables y sólidas son aquellas barcas, que aun en lo más

recio de las mayores tormentas la tripulación se ciñe á permanecer tranquila, sin curarse del punto adonde pueden arrojarla los vientos y las olas; persuadiéndose, por otra parte, de que sus barcas no corren riesgo de embarrancar ó sumergirse, pues aunque sean echadas contra una roca no sufren daño alguno. En el fondo de estas barcas hay una como manguera, que siempre se conserva atada por el centro, y cuando entra agua en la barca la cuelan en una mitad de la manguera, cuyo cabo atan con dos pedazos de madera. Soltando en seguida la manguera hacia abajo y al exterior, echan el agua, repitiendo esta operación tantas cuantas veces es necesario, sin el menor riesgo ni daño.»

Este cuadro de maravillas de *Engronelandia* ofrece probablemente algunos fragmentos de alguna relación verídica, mal reunidos, y sobre todo mal aplicados. Es posible que se hayan acumulado el famoso monte ignívomo de Islandia, los baños que habían construído los habitantes de aquella isla por medio de las fuentes termales, las iglesias y monasterios de Groenlandia, que eran señores de la mayor parte del país; las barcas de cuero de los esquimales: todas estas circunstancias, que en el fondo son verdaderas, á trueque de formar el conjunto fantástico que acabamos de poner á la vista de nuestros lectores. Fácilmente ha podido engendrar esta confusión un poco de vanidad del viajero Zeno, ó un poco de negligencia del otro Zeno, que redactó la narración. Con arreglo á estas explicaciones, consideramos la costa oriental de Groenlandia del mapa de Zeno como la costa sudeste mal orientada y extendida de un modo indefinido, tal vez por las relaciones inexactas ó mal comprendidas de algún islandés.

A más de mil millas al oeste de Frislandia ó de las islas Feroe, y al sur de

Groenlandia, el mapa y la relación de Zeno indican dos costas denominadas *Estotilandia* y *Droceo*. Hé aquí como fueron descubiertos aquellos países: Una barca de pescadores de Frislandia, lanzada por una tempestad hacia el oeste y á una larga distancia, enclavóse en una isla llamada *Estotilandia*, cuyos moradores llevaron á los frislandeses á una ciudad bien construída y poblada, donde residía el soberano. Un intérprete que hablaba *latín*, y que había sido arrojado igualmente á aquella costa por la casualidad, se hizo entender de los náufragos, y les intimó la orden de quedar en la isla. Así fué como aprendieron el idioma del país. Habiendo penetrado en el interior uno de ellos, aseguró que la isla era menos extensa, pero más fértil que Islandia; que abundaba en todo género de comestibles, y que el centro estaba ocupado por una montaña muy alta, de la que brotaban cuatro ríos. Los habitantes ejercían diversos artes y oficios, y tenían caracteres de escritura que les eran peculiares. En la biblioteca del rey había libros latinos, pero no los entendían. El comercio con *Engronelandia* les suministraba el azufre, la pez y las pieles. Aquellos isleños sembraban trigo, bebían cerveza, habitaban en casas de piedra, y navegaban, aunque sin el auxilio de la brújula. El Rey de Estotilandia proporcionó este instrumento á los frislandeses, y les encargó una expedición marítima hacia un país situado al sur y denominado *Drogeo* ó *Droceo*. Quiso su mala suerte que cayeran en manos de una nación de antropófagos; y el único frislandés á quien perdonaron, en razón de la habilidad con que pescaba, llegó á ser entre los caudillos de los salvajes un motivo de guerra, porque todos deseaban poseer un esclavo tan útil. La circunstancia de ser transferido de un dueño á otro le dió á conocer toda aquella

comarca, que, según él aseguró, era un país muy dilatado y como un *nuevo mundo*. Estaban tan atrasados y eran tan salvajes los habitantes, que ni siquiera sabían cubrirse con las pieles de los animales que en la caza mataban. Peleaban continuamente con arcos y lanzas de madera, y el vencedor devoraba al vencido. A mayor distancia y del lado del sudoeste, había unos pueblos algo más civilizados, como que conocían el uso de los metales preciosos, y edificaban ciudades y templos. Pero en cambio inmolaban víctimas humanas á sus espantosos ídolos.

Tal fué la relación que hizo el frislandés cuando, después de muchos años, volvió de *Drogeo* y de *Estotilandia* á su patria, que halló conquistada por el príncipe Zichmni. Quiso este jefe emprendedor ir en busca de tierras occidentales; mas, habiendo descubierto una isla llamada *Icarie*, fué arrojado á las aguas de Engronelandia. Nada absolutamente sabemos de las tentativas ulteriores que pudo hacer, porque la continuación del relato de Zeno no ha podido ser habida.

Parécenos que la descripción de Estotilandia conviene únicamente con Terranova, y en ninguna manera con la tierra de Labrador. Los habitantes de este país, que eran bastante civilizados, debieron ser oriundos de los colonos escandinavos de *Vinlandia*, que seguramente no conocían la brújula, y cuya lengua pudo sufrir en el espacio de tres siglos las modificaciones suficientes para hacerse casi ininteligible á los pescadores de Feroe. Los libros latinos, de cuya existencia apenas pudiera sospecharse, fueron seguramente llevados por aquel obispo groenlandés que en 1121 marchó á Vinlandia para predicar en ella el cristianismo.

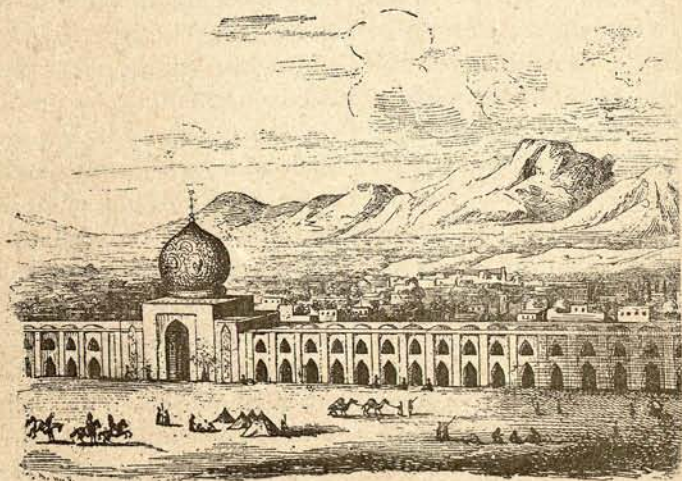
La comarca de Drogeo sería, en este supuesto, la Nueva Escocia y la Nueva Inglaterra. Los pueblos civilizados que

inmolaban víctimas humanas en suntuosos templos deben de ser los mejicanos ó alguna nación antigua de la Florida ó de la Luisiana.

El nombre mismo de Estotilandia parece escandinavo, porque *East-ut-land* en inglés significa tierra exterior de este, denominación que conviene del todo á la situación de Terranova con respecto al continente de América.

El que recuerde toda esta serie de investigaciones, y reuna bajo un solo punto de vista los descubrimientos de los escandinavos durante los siglos X y XI, y los viajes de los hermanos Zeni del siglo XIV, conocerá indudablemente que los

pueblos del norte visitaron el Nuevo Mundo antes del siglo XI, y acaso pensará que en el viaje emprendido en 1477 á los mares del norte conoció Colón aquel primer descubrimiento, cuya verdad descansa en pruebas históricas, después de haber sido confirmada de nuevo, en 1390, por el veneciano Zeno. ¡Lejos de nosotros la idea de menoscabar la gloria del inmortal genovés! Pero una simple ojeada en el mapa descubrirá, aun á los espíritus más preocupados, que se ha de reconocer á Terranova como el punto designado por la naturaleza misma para recibir las primeras visitas de los europeos.





LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

Ojeada general sobre los viajeros y los geógrafos europeos de la edad media.—Desde el año 1000 al 1400.

Los descubrimientos de los árabes y de los normandos en las partes del mundo desconocidas de los antiguos permanecieron ignorados por mucho tiempo por los sabios de la Europa cristiana. No se crea, sin embargo, que fuera tan general y tan profunda en la edad media la ignorancia de la geografía como podría deducirse de la respuesta de un abad de Cluni, á quien los alrededores de París parecían una comarca tan remota y tan poco conocida, que no se atrevió á acceder á los deseos del conde Bucardo, que le había empeñado en establecer un monasterio de su orden en San Mauro de los Fosos. Podría citarse también el ejemplo de los monjes de San Martín de Tournay, que en 1095 se esforzaron inútilmente en descubrir la

abadía de Ferrieres; mas estos dos hechos prueban únicamente que la indolencia había sucedido, en los monasterios ricos, al espíritu emprendedor de viajes peligrosos.

La justicia nos impone el deber de confesar que el clero de la edad media prestó buenos servicios á la geografía como á las ciencias en general. Los analistas de aquel tiempo, que en su mayor parte fueron monjes, consignaron muchas veces en sus escritos la descripción de los países vecinos ó remotos: así vemos en la crónica de *Emo*, abad de Werum en el país de Groninga, á propósito de una cruzada á Palestina, la relación del viaje entero, con la descripción de todos los países y de todos los sitios que atravesaron los cruzados desde los Países Bajos

hasta Palestina; pero los que verdaderamente ensancharon los límites de la geografía fueron los predicadores de la fe entre los paganos. Grandes fueron los servicios prestados por *San Bonifacio*, apóstol de los alemanes, al dar á conocer los países y los pueblos que confinaban al oriente con el reino de los francos. Unos cien años después que aquellos conquistadores hubieron divulgado el conocimiento de los eslavos, fué á predicar á éstos el Evangelio; y sus cartas demuestran que, al remitir á los soberanos pontífices algunas relaciones concernientes á dichos pueblos salvajes, cumplimentaba las órdenes de aquéllos. Indudablemente ajustó Alfredo á sus relaciones, lo mismo que á las de sus compañeros los ingleses, la primera descripción completa que en el siglo noveno compuso de los países esclavones. Hemos hablado ya de las principales tribus eslavonas de Alemania, como los vilzas, los obotritas, los sorabos y los bohemios, conocidos por Alfredo bajo los nombres de *wiltas*, *apdredas*, *surpos* y *bohemios*. Los misioneros, unidos á los comandantes de las fronteras, dieron también á conocer las naciones establecidas en el Óder y en el Vístula, entre las cuales se cuentan los polacos, que con el nombre de *polenos* aparecen por la vez primera bajo el reinado de Otón II en los escritos de Ditmar de Merseburgo, donde además se mienta la Silesia con el nombre de *Pagus Silensis*, que tomó de una montaña muy elevada.

Un ermitaño español llamado Bernardo, que introdujo en Alemania la aritmética de los árabes, como la introdujera Gerbert en Francia é Italia, pero que no fué tan afortunado en sus empresas para convertir á los eslavos, indujo á San Otón, Obispo de Bamberg, á ir á predicar á los paganos de Camin, Wollin, Stettin, Belgarda y Colberga, y aun á hacer la prueba de plantar la viña entre

ellos. También visitó la isla de Rugen, cuyos habitantes rechazaban de sus costas á los extranjeros, como hacen actualmente los moradores de la Nueva Zelanda. Antes de este viaje, jamás Otón había oído hablar del mar Báltico, por lo que se sorprendió notablemente al observar en aquel mar una anchura suficiente para que los navegantes que lo atraviesan no vean las costas sino como nubes lejanas. Lleno igualmente de un santo celo, *Anscario* ó *Ansgario*, monje de Corbia, abrió á los cristianos, en tiempo de Ludovico Pío, la patria de los terribles normandos, recorriendo los reinos de Suecia y Dinamarca, hasta entonces muy pocos conocidos; pero ya no existe el diario circunstanciado de sus trabajos y peligros. Rámberto, que escribió su vida y habló el primero de Curlandia bajo el nombre de *Coros*, no supo aprovecharse bastante de aquel diario para que podamos colegir cuáles eran los conocimientos de los cristianos acerca de los estados del norte antes de las investigaciones de Alfredo. Dicho diario fué en la edad media la fuente principal de donde se tomaban las noticias relativas al norte; y en 1260 Timón, abad de Corbia, le remitió completo á Roma.

Adán de Brema, que vivió doscientos años después de Anscario, inspiróse en su obra, y aun se decidió por imitarle al hacer una descripción detallada de los reinos del norte, con arreglo á las observaciones que le comunicara personalmente Suenón Estrithsón, Rey de Dinamarca. Esta descripción se conserva todavía; y *Murray*, catedrático de Gotinga, la ha enriquecido con un sabio comentario. Adán de Brema describe la Jutlandia lo más circunstanciadamente posible; habla de muchas islas del mar Báltico de que no hicieran mérito ninguno sus antecesores; y trata del interior de Suecia, de la que Otero y Wulfstan

sólo conocían las costas; y de Prusia, de la que antes sólo se conocía el nombre. Acerca de ésta dice que es el más considerable de los reinos eslavos, que su capital es Kief, ó *Chue*, y que sus moradores hacen el comercio con los griegos por el mar Negro. A pesar de que no había visitado las islas Británicas, extiende su descripción hasta ellas, bien que en este punto no hace más que reproducir todas las maravillosas consejas de Solín y de Marciano Capella. Los geógrafos de la edad media, en quienes era general esta manía, consignaban las fábulas de la antigüedad hasta en la descripción particular de los países que no habían visto personalmente; dígalos sino la primera descripción especificada del principado de Gales, compuesta por *Giraldó Rarry*, ó *Giraldó Cambrense*, deán mayor de San Asaf, en tiempo de Enrique II. Verdad es que este autor continuó en ella el cuadro de Irlanda, que acababa de ser conquistada; pero por desgracia anduvo demasiado á caza de maravillas y prodigios; por cuyo motivo se entretiene en hablar de unos patos que crecen en los árboles de Irlanda, de peces de dorados dientes, y de monstruos medio hombres y medio toros.

Entre los eclesiásticos que han merecido bien de la geografía, falta citar todavía á *Dicuil*, monje irlandés que vivía en el siglo IX, y cuya obra contiene el extracto de las medidas del imperio romano, tomadas bajo el reinado de Teodosio, y algunas noticias particulares acerca del Nilo y de las islas de Escocia (1).

(1) Es una compilación algo confusa, pero es de apreciar por el tiempo en que se hizo, y el mundo científico debe reconocimiento á Walckenaer, que dió una edición en 1807, y á Letronne, que sacó de ella todas las luces posibles para una publicación estampada en 1814.—E. C.

Dueño el clero de la instrucción pública, protegió algunas veces los estudios geográficos.

El obispo Guillermo de Wixham creó en 1380 un nuevo colegio en Oxford, y en la escritura de fundación consignó las disposiciones siguientes: «Cuando en invierno, con motivo de una fiesta del Señor, ó de su Madre, ó de algún otro santo, se encienda lumbre en el salón para los hermanos, dichos hermanos, lo mismo que los escolares, podrán distraerse decorosamente en el salón, en levantándose de comer y de cenar, con el Cantar de los Cantares y otros pasatiempos honestos, ó bien ocupándose tranquilamente en la poesía, en las crónicas de los diversos reinos, en las maravillas de este mundo, y en todo lo que constituye el ornamento del clero.» En otros colegios de Inglaterra había ordenanzas semejantes. Giraldo de Gales nos suministra un ejemplo del singular entusiasmo con que eran acogidas las relaciones de los países extranjeros. Por espacio de tres días seguidos tuvo que leer en público y en Oxford su descripción de Irlanda: el primer día fué consagrado á los pobres de la ciudad; el segundo á los doctores, clérigos y estudiantes; y el tercero al pueblo. Sin embargo, los escandinavos y los árabes eran los únicos pueblos entre los cuales se había hecho nacional la afición á las lecturas históricas. Los sabios islandeses, honrados en las cortes del norte, recreaban el oído de los reyes y de los héroes recitándoles aquellas *sagas*, ó cuentos históricos escritos con la ingenuidad de Herodoto, y cuya fecha, calculada á la luz de una sana crítica, debe fijarse en los siglos XI ó XII. En ellos se reconocen los restos de una historia tradicional que se remonta hasta los tiempos más remotos, y que á par de algunos puntos oscuros ofrece todos los caracteres interiores de un alto grado de

veracidad. En el libro anterior hemos examinado los importantes datos que suministran las *sagas* á la historia de la geografía.

Algunos soberanos supieron apreciar la ciencia que pone de manifiesto á los reyes los límites de los imperios, y que traza á los héroes la carrera de las conquistas. A tener conocimiento de la brú-



ABADÍA DE WESTMINSTER

jula, los príncipes escandinavos hubieran dado la vuelta al mundo. En 1231, *Valdemaro II*, Rey de Dinamarca, hizo formar un catastro ó cuadro topográfico de todas las provincias de su reino, obra extraordinaria si se tienen en cuenta las circunstancias de aquel siglo. Del mismo espíritu se hallaban animados los Reyes de Inglaterra. A pesar de la destrucción general de los libros, verificada en tiem-

po de Enrique VIII, se han hallado en las antiguas bibliotecas de Inglaterra siete mapas de este reino y de las islas vecinas, construídos en el siglo XII, que arrojan mucha luz sobre la historia de Mateo Paris, sobre el Policrónico de Higeden, y sobre las relaciones de Giraido. El dibujo de las principales ciudades y abadías con sus murallas, sus campanarios y sus puertas, ocupa tanto espacio en aquellos mapas, aunque en realidad muy groseros, que ha sido imposible marcar las divisiones de las provincias, los sitios de poco valer y los ríos pequeños. Deseando conocer sus estados más circunstanciadamente, los monarcas ingleses mandaron reunir y componer cuadros generales de las provincias y de las tierras, donde se señalaban los terrenos cultivados y los eriales, las aldeas con el número de sus habitantes, y la cuota de impuesto que pagaban. Tal es la obra conocida bajo el nombre de *Doomsday-book*, en la que Guillermo el Conquistador hizo trabajar desde 1080 hasta 1083, y en que, prescindiendo del principado de Gales y de las provincias de Northumberland, Cumberland, Westmoreland y Durham, se describe todo el resto de Inglaterra en los términos más individualizados. Todo está consignado en ella, tanto los distritos cultivados y habitados como los desiertos, así los habitantes libres como los siervos, con la especie de servicios á que estaban sujetos; y, por último, en algunos condados hasta se determina el número de cabezas de ganado y de colmenas. Con ser tan interesante para la topografía de Inglaterra de la edad media, esta obra no era conocida sino por algunos fragmentos aislados que se hallaban en diferentes descripciones particulares de condados y ciudades; mas en 1783 el Parlamento hizo imprimirla á costa del Estado. En 1291 el rey Eduardo II mandó formar un cuadro ge-

neral y circunstanciado de las posesiones territoriales del clero, así en Inglaterra como en el país de Gales, que existe manuscrito en la biblioteca de Oxford, y del que sólo se han impreso ciertos fragmentos aislados en las topografías de algunos condados. El conde de Herzberg es acreedor á nuestro reconocimiento por haber publicado un monumento geográfico de la misma naturaleza sobre una parte de Alemania: tal es la descripción rentística de la marca de Brandemburgo, compuesta en latín, perteneciente al género del *Doomsdaybook*, y en la cual se trabajó desde 1375 hasta 1377 por orden del emperador Carlos IV.

Pero los principales progresos de la geografía durante la edad media, nacieron de las grandes revoluciones del Asia, que, sacando á la escena del mundo una multitud de pueblos desconocidos hasta entonces, y establecido relaciones entre ellos y los europeos, crearon la necesidad de visitar la Tataria y la China. Recordemos en breves palabras los acontecimientos ocurridos en África y en Asia por espacio de cinco ó seis siglos. Derribase el grandioso imperio de los califas, naciendo de sus ruinas una porción de monarquías. *Kairván* pasa á ser la metrópoli del califato de los aglabitas, que reinan en el África misma y en Sicilia; los fatimitas heredan los despojos de los aglabitas, y hacen del *Cairo* su capital; mas en 1171 son destronados por el gran Saladino ó Salah-ed-dyn. *Zeiri* funda en el occidente de África un reino que abarca los países del Argel, de Fez, de Segelmese y de Trípoli, y que subsiste por espacio de dos siglos; en 1059 los almoravidas edifican á *Marrakch* ó *Marruecos*, someten la España musulmana, y reinan en ella desde 1056 hasta 1146: los *almohadas* reúnen los dos reinos de Marruecos y de Argel y reinan hasta 1269, en cuya época les suceden

los *benimerines*. De las desmembraciones que sufrieron todas estas monarquías nacieron los estados de Túnez y Argel, de Tremecén y otros; pero el África septentrional no tomó sus formas geográficas actuales hasta el siglo xv.

En Asia fueron de poquísima duración las revoluciones promovidas por las cruzadas. El reino de Jerusalén, los principados de Antioquía, de Edesa y otros desaparecieron á poco de haber nacido, al paso que diversos pueblos salvajes adquirieron una existencia propia, como los *drusos* y los *curdos*. Las provincias despobladas por la guerra fueron ocupadas por algunas hordas nómadas procedentes del fondo del Asia, como los *turcomanes*, que después de haber atravesado el Djihun se derramaron en los siglos xi y xii por el Corasán, Bukharia, Georgia, Armenia, Siria, el Asia menor y una parte de la Turquía europea. Muchos *emires* ó príncipes árabes echaron los cimientos de nuevos estados, y Arabia recayó en aquella anarquía á que la sustrajera el genio de Mahoma. Por espacio de siglo y medio el más ciego entusiasmo conservó el maravilloso estado de los ismaelitas ó de los *asesinos*, que estaban divididos en dos ramas, á saber: una en Persia y otra en Siria; siendo llamado vulgarmente el jefe de estos últimos *el Viejo de la Montaña*.

Los imperios fundados por los turcos tuvieron mayor estabilidad. Durante los siglos xi y xii los *gaznevidas* reinaron en un dilatado imperio que tenía por núcleo á Cabul, Candahar y Corasán, y cuya capital era *Gazna* ó Ghizni. Mas brillante fué todavía la fortuna de los *Seldjukidas*: en 1037 Togrull-Beg echó sus cimientos con la conquista del Corasán; siendo luego sometido todo el occidente del Asia, desde las costas de Siria hasta los montes Kachgar. En 1195 fué destruido el reino de Irán, principal es-